Román Jakobson

Seis lecciones sobre el sonido y el sentido

PREFACIO

CLAUDE LÉVI-STRAUSS

Un libro firmado por Román Jakobson no tiene necesidad de prefacio y yo no habría asumido el abrumador honor de escribir uno, si Jakobson mismo no hubiera anhelado que aporte aquí mi testimonio de oyente; me permitiría agregar también de discípulo. En efecto, estas lecciones avejentadas por un tercio de siglo, a las que por fin su autor se decide publicar después de haber tenido tan frecuentemente ese proyecto, retrasado cada vez por tareas más urgentes, son las primeras que le oí dictar en la Escuela libre de altos estudios de New York, durante ese año 1942-1943 en que comenzamos a frecuentar recíprocamente nuestros cursos.

Leyéndolas hoy mi espíritu reencuentra la excitación experimentada hace treinta y cuatro años. En esa época, yo no sabía casi nada de lingüística y el nombre de Jakobson me era desconocido. Fue Alexandre Koyré quien me aclaró su papel y nos relacionó. Aun bajo el golpe de las dificultades que por el hecho de mi inexperiencia había encontrado tres o cuatro años antes, para anotar correctamente las lenguas del Brasil central, me prometí adquirir cerca de Jakobson los rudimentos que me faltaban. De hecho, su enseñanza me aportó una cosa totalmente diferente y mucho más, es necesario subrayarlo: la revelación de la lingüística estructural gracias a la cual iba a poder cristalizar en un cuerpo de ideas coherentes ensoñaciones inspiradas por la contemplación de flores salvajes en alguna parte, del lado de la frontera luxemburguesa a comienzos de mayo de 1940 y los sentimientos ambiguos, mezcla de entusiasmo y de exasperación que un poco más tarde en Montpellier —donde, por primera vez en mi vida ejercí por un breve tiempo el oficio de profesor de filosofía—, había despertado en mi la lectura de las *Categorías matrimoniales y relaciones de proximidad en la China antigua* de Marcel Granet, por una parte en razón de la tentativa que se manifestaba allí para constituir como sistema hechos aparentemente arbitrarios y por la otra, a causa de los resultados de una complicación improbable con la que culminaba esa tentativa.

Lo que por el contrario la lingüística estructural debía enseñarme es que en lugar de dejarse extraviar por la multiplicidad de los términos, importa considerar las relaciones más simples y más inteligibles que los unen. Escuchando a Jakobson descubrí que la etnología del siglo XIX$^{\underline{no}}$ e incluso la de comienzos del XX$^{\underline{mo}}$ se había contentado como la lingüística de los neogramáticos, con sustituir “los problemas de orden estrictamente causal a los problemas de los medios y de los fines” (p. 49). Sin describir jamás verdaderamente un fenómeno, se contentaba con remitir a sus orígenes (p. 25). Las dos disciplinas se veían así confrontadas a “una multitud aplastante de variaciones”, mientras que la explicación debe darse siempre como fin el “mostrar los invariantes a través de la variedad” (p. 29) *Mutatis mutandis*, lo que Jakobson decía de la fonética se aplicaba también a la etnología: “es verdad que la materia fónica del lenguaje ha sido estudiada a fondo y que estos estudios sobre todo en el curso de los últimos cincuenta años dieron resultados brillantes y abundantes; pero la mayor parte del tiempo se estudiaron los fenómenos en cuestión haciendo abstracción de su función. En estas condiciones, ha sido imposible clasificar esos fenómenos e incluso comprenderlos” (p. 40)

En lo que concierne a los sistemas de parentesco que desde ese año 1942-1943, eran el objeto de mi curso, hombres como van Wouden (del que yo aun no conocía la obra) y Granet habían tenido el mérito de superar ese estadio, pero sin liberarse de la consideración de los términos para elevarse a la de las relaciones. No pudiendo captar por este último sesgo la razón de los fenómenos, se habían condenado a la tarea sin salida de buscar cosas detrás de las cosas, con la vana esperanza de alcanzar algunas más manejables que los datos empíricos contra los que se chocaban sus análisis. Pero imaginarios

o reales, se puede decir de cualquier término lo que Jakobson escribe aquí sobre la individualidad fónica de los fonemas: “Lo que importa (...), no es para nada la individualidad (...) de cada uno de ellos vista en sí misma y existente por sí misma. Lo que importa, es su oposición recíproca en el seno de un sistema (...) (p. 85)”.

Estos puntos de vista innovadores, ante los cuales me llevaba sin duda mi propia reflexión, pero sin que tuviera aun ni la audacia ni el utillaje conceptual necesario para ponerlos a punto, eran tanto más persuasivos cuanto que Jakobson los exponía con ese arte incomparable que hace de él el más brillante profesor y conferenciante que jamás se me haya dado oír; el texto que se va a leer restituye plenamente su elegancia y fuerza demostrativa. Porque no es el valor menor de estas páginas testimoniar, para todos aquellos que no tuvieron la suerte de escuchar a Jakobson, lo que fueron y lo que en su octogésimo año continúan siendo sus conferencias y sus cursos.

Favorecido Jakobson por un talento oratorio igual a sí mismo en cualquier lengua en que elija expresarse (incluso si se le supone sin común medida con el que despliega en su lengua materna) estos cursos desarrollan su argumentación con tanta nitidez como rigor. Jakobson nunca prolonga desarrollos abstractos y a veces difíciles, sin iluminarlos mediante ejemplos extraídos de las lenguas más diversas y a menudo también de la poesía y de las artes plásticas contemporáneas. Un recurso sistemático a los grandes pensadores —estoicos, escolásticos, retóricos del renacimiento, gramáticos del Indo y también otros— traduce una preocupación constante por poner las ideas nuevas en perspectiva e imprimir en el espíritu de los oyentes la sensación de una continuidad de la historia y del pensamiento.

En Jakobson, el orden de exposición sigue paso a paso el del descubrimiento. Su enseñanza gana allí una potencia dramática que mantiene en vilo al oyente. Fértil en golpes de efecto, los desvíos se alternan con atajos fulgurantes que precipitan la marcha hacia un desenlace que a veces nada dejaba prever y que siempre obtiene convicción.

Al lado de sus obras directamente destinadas a la imprenta, estas seis lecciones permanecerán como una muestra de su estilo hablado al cual la redacción no ha hecho perder nada de su sabor. La primera lección expone el estado de la lingüística al final del siglo XIX*no*. Critica los puntos de vista de los neogramáticos para quienes el sonido y el sentido surgían de órdenes totalmente separados. Da su lugar a los resultados de investigaciones fonéticas, pero por el sesgo de una distinción entre fonética motriz y fonética acústica, demuestra que es imposible disociar el sonido del sentido, los medios lingüísticos de sus fines.

Si el sonido y el sentido son indisociables ¿cuál es entonces el mecanismo de su unión? En la segunda lección Jakobson prueba que la noción de fonema permite resolver este misterio aparente; define esta noción, vuelve a trazar su génesis y discute las interpretaciones que fueron propuestas de entrada. Prosiguiendo en la misma línea, la tercera lección aborda la teoría de la fonología, fundada sobre el primado de la relación y del sistema. Rehúsa interrogarse sobre la naturaleza del fonema, cuestión sin utilidad ni alcance y por un análisis real, establece la originalidad de esta entidad lingüística comparándola al morfema, a la palabra y a la frase. Única unidad lingüística sin contenido conceptual, el fonema, desprovisto de significación propia, es una herramienta que sirve para distinguir las significaciones.

Pero enseguida se plantean dos problemas que son objeto de la cuarta lección. En primer lugar la definición del fonema como valor distintivo implica que los fonemas juegan su papel en el seno de un sistema, no en razón de su individualidad fónica sino de su oposición recíproca. No obstante, entre estos fonemas que se oponen, no se distingue una conexión lógica: la presencia de uno no evoca necesariamente al otro. En segundo lugar, si las relaciones de oposición entre los fonemas constituyen los valores primarios

que permiten diferenciar los sentidos, ¿cómo comprender que esas relaciones sean mucho más numerosas que los fonemas de los que derivan? Jakobson muestra que estas dos paradojas se desprenden de una concepción errónea según la cual los fonemas serían unidades no descomponibles. Por el contrario, desde que se los analiza como elementos diferenciales, se accede a nuevos tipos de relaciones que por una parte ofrecen el carácter de oposiciones lógicas y que por otra en todas las lenguas son menos numerosos que los fonemas engendrados por el juego de estas oposiciones.

La quinta lección ilustra estos puntos de vista teóricos describiendo y analizando el consonantismo francés. En este caso, se profundiza la noción de variante combinatoria y se resuelve de manera positiva el problema de la presencia del fonema sobre los ejes de las sucesiones y de las simultaneidades. Esta demostración resulta en parte de un tratamiento original de la noción de mora que, me lo recuerda, debía encantar a Boas poco tiempo antes de su desaparición, en el curso de una cena en su casa a la cual Jakobson y yo fuimos invitados.

La sexta lección retoma y recapitula la argumentación del curso entero. Pero las conclusiones de Jakobson no son nunca repetitivas. Conducen al oyente más allá del punto en que éste creía tener permiso para detenerse. En este caso particular Jakobson lo lleva a superar el principio saussuriano de lo arbitrario del signo lingüístico. Este signo aparece sin duda arbitrario cuando uno se ubica en el punto de vista de la similitud, es decir cuando se comparan los significantes de un mismo significado en varias lenguas; pero como lo mostró Benveniste deja de serlo para cada lengua tomada por separado, respecto de la contigüidad percibida como relación necesaria entre significante y significado. En el primer caso, la relación es interna; en el segundo es externa. Por esto el sujeto hablante busca compensar la ausencia de una por un recurso a la otra confiriéndole un simbolismo fonético al lenguaje. Sobre un terreno del cual Jakobson expone los sustentos orgánicos se logra nuevamente la unión del sonido y del sentido, desconocida por los fonéticos tradicionales no tanto por haber reducido la actividad lingüística a su substrato fisiológico —punto de vista criticado en la primera lección - entonces se lo comprende—, sino por haberse limitado a tratar demasiado superficialmente este aspecto.

*

* *

Con el paso de los años, hoy más que nunca reconozco los temas de estas lecciones que me marcaron tan fuertemente. Por heteróclitas que puedan ser las nociones como las de fonema y de prohibición del incesto, la concepción que iba a hacerme de la segunda se inspira en el papel asignado por los lingüistas a la primera. Como el fonema, medio sin significación propia para formar significaciones, la prohibición del incesto me pareció ser bisagra entre dos campos considerados separados. Así, a la articulación del sonido y del sentido respondía en otro plano la de la naturaleza y la cultura. Y al igual que el fonema, como forma, dado en todas las lenguas como medio universal por el cual se instaura la comunicación lingüística, la prohibición del incesto universalmente presente, si uno se atiene a su expresión negativa, constituye también una forma vacía, pero indispensable para que devenga a la vez posible y necesaria la articulación de los grupos biológicos, en una red de intercambios de donde resulta su puesta en comunicación. En fin, la significación de las reglas de alianza, inasequibles cuando se las estudia separadamente, solo puede surgir por la oposición de unas a otras, de la misma manera en que la realidad del fonema no reside en su individualidad fónica sino en las relaciones opositivas y negativas que ofrecen los fonemas entre ellos.

“El gran mérito de Saussure, dice Jakobson, es haber comprendido exactamente que un dato extrínseco existe inconscientemente (pag. 29)” No se podría dudar de que estas lecciones aportan también una contribución a las ciencias humanas subrayando el papel

que le corresponde, en la producción del lenguaje (pero también de todos los sistemas simbólicos) a la actividad inconsciente del espíritu. En efecto, es solo a condición de reconocer que el lenguaje, como cualquier otra institución social presupone funciones mentales que operan en nivel inconsciente, que uno tiene la posibilidad de alcanzar más allá de la continuidad de los fenómenos, la discontinuidad de los "principios organizadores" (p.30) que escapan normalmente a la conciencia del sujeto hablante o pensante. El descubrimiento de estos principios, y sobretodo de su discontinuidad, debía abrir la vía a los progresos de la lingüística y de otras ciencias del hombre en su huella.

El punto es de importancia, porque a veces se ha discutido que desde su nacimiento y fundamentalmente en Troubetzkoy, la teoría fonológica implica el pasaje a la infraestructura inconsciente. Ahora bien, basta con comparar la crítica hecha aquí de Ščerba por Jakobson para ver que coincide en todos los puntos con el formulado por Troubetzkoy, lo que no tiene nada de sorprendente cuando uno recuerda la intimidad que reinaba entre sus pensamientos: "Ščerba y algunos otros alumnos de Baudouin de Courtenay, escribe Jakobson, (...) apelaron a la conciencia lingüística del sujeto hablante" a falta de haber comprendido que "los elementos de la lengua permanecen por debajo del umbral de nuestro designio reflexivo. Como dicen los filósofos, la actividad lingüística funciona sin conocerse" (p.53) Y Troubetzkoy: "El fonema es una noción lingüística y no psicológica. Toda referencia a la "conciencia lingüística" debe ser descartada definiendo el fonema" (*Principios de fonología*, pag. 42 de la traducción francesa) La resolución del fonema en elementos diferenciales, presentida por Troubetzkoy pero lograda por primera vez por Jakobson en 1938 debía definitivamente permitir "objetivamente y sin ningún equívoco" descartar todo recurso a "la conciencia de los sujetos hablantes" (p.93). El valor distintivo de los elementos constituye el hecho primero y nuestra actitud más o menos consciente respecto de estos elementos, representa solamente un fenómeno secundario (p.53).

Sobre un solo aspecto de estas lecciones, Jakobson no mantendría probablemente su posición de hace más de treinta años. En 1942 – 1943, él pensaba poder decir —en esa época con razón—, que "la lengua es el único sistema compuesto de elementos que son al mismo tiempo significantes y vacíos de significación" (p.78). Después, una revolución se produjo en biología con el descubrimiento del código genético, revolución cuyas consecuencias teóricas no podían dejar de resonar sobre el conjunto de las ciencias humanas: Jakobson lo comprendió inmediatamente; fue uno de los primeros en reconocer y en poner a la luz "el extraordinario grado de analogía entre el sistema de información genética y el de la información verbal"[1]. Después de haber inventariado "todos estos caracteres isomorfos entre el código genético (...) y el modelo arquitectónico que subtiende los códigos verbales de todas las lenguas humanas"(*Ensayos*..., p.54), da un paso más y plantea la cuestión de saber "si el isomorfismo de estos dos códigos diferentes, el genético y el verbal, se explica por una simple convergencia debida a necesidades similares, o si los fundamentos de las estructuras lingüísticas manifiestas, enchapadas sobre la comunicación molecular, no estarían directamente modeladas sobre los principios estructurales de esta" (*Ensayos*..., P. 55)

Inmenso problema, que la colaboración entre los biólogos y los lingüistas permitirá quizás resolver algún día. Pero ¿no estamos ya en posición de formular y resolver en la otra punta de la escala de las operaciones lingüísticas, un problema del mismo tipo aunque de alcance infinitamente más modesto? Se trata entonces de las relaciones entre el análisis lingüístico y el de los mitos. En otra vertiente de la lengua —la que gira en dirección del mundo y de la sociedad, en lugar del organismo— se plantea la misma pregunta

[1] *Ensayos de lingüística general* II, "Relaciones internas y externas del lenguaje", París, Éd. De Minuit, 1973, p.51).

acerca de la relación entre la lengua y un sistema (cierto que más próximo a ella, pues la usa obligatoriamente) que, de otra forma que la lengua se compone de elementos que no significan nada por sí mismos tomados aisladamente y que combinados entre si forman significaciones.

En la tercera lección, Jakobson establece contra Saussure que los fonemas se distinguen de las otras entidades lingüísticas —palabras y categorías gramaticales— por un conjunto de caracteres que no se encuentra integralmente presente en ninguna. Sin duda las categorías gramaticales comparten con los fonemas los caracteres de entidades opositivas y relativas, pero a diferencia de éstos, ellas no son nunca negativas; dicho de otro modo su valor no es puramente distintivo: cada categoría gramatical tomada aparte lleva una carga semántica percibida por el sujeto hablante (p.76) Ahora bien, uno puede preguntarse si todos los caracteres del fonema no resurgen en lo que hemos llamado los mitemas: elementos de construcción del discurso mítico que, ellos también son entidades completamente opositivas, relativas y negativas; para retomar la fórmula que Jakobson aplica a los fonemas "signos diferenciales, puros y vacíos" (p.78) Porque es necesario siempre distinguir la o las significaciones que una palabra posee en la lengua, del mitema, que en todo o en parte, esta palabra puede servir para denotar. En la lengua corriente, el sol es el astro del día; pero, tomado en sí mismo y por sí mismo, el mitema "sol" no tiene ningún sentido. Según los mitos que uno elige considerar, puede recubrir los contenidos ideales más diversos. En verdad, nadie viendo aparecer el sol en un mito, podrá prejuzgar su individualidad, su naturaleza o sus funciones. Sólo de las relaciones de correlación y oposición que mantienen en el seno del mito con otros mitemas puede desprenderse una significación. Esta no pertenece propiamente a ningún mitema, sino que resulta de su combinación.

Somos conscientes de los riesgos que se corren al querer esbozar correspondencias de orden formal entre las entidades lingüísticas y las que el análisis de los mitos cree poner a la luz. Estos últimos surgen sin duda de la lengua, pero en el seno de la lengua constituyen un orden aparte en razón de los principios que los rigen. En toda hipótesis, nos equivocaríamos gravemente si creyéramos que para nosotros el mitema sea del orden de la palabra o de la frase: entidades de las que se puede definir él o los sentidos, aunque fuera de manera ideal (porque incluso el sentido de una palabra varía en función del contexto), y alinear estos sentidos en un diccionario. Las unidades elementales del discurso mítico consisten, ciertamente, en palabras y en frases, pero que, en este uso particular y sin querer llevar demasiado lejos la analogía, serían más bien del orden del fonema, como unidades desprovistas de significación propia, que permiten producir significaciones en un sistema donde se oponen entre ellas, y por el hecho mismo de esta oposición.

Suponiendo lo mejor, los enunciados míticos solo reproducirían entonces la estructura de la lengua al precio de un desfase: sus elementos de base funcionan como los de la lengua, pero, de entrada su naturaleza es más compleja. Por el hecho de esta complejidad, el discurso mítico despega, si se puede decir, del uso corriente de la lengua, de manera que no se pueden poner exactamente en paralelo los resultados últimos que aquí y allá, las unidades de rango diferente producen combinándose. A la diferencia de un enunciado lingüístico —que ordena, cuestiona o informa y que todos los miembros de una misma cultura o subcultura pueden comprender por poco que dispongan del contexto—, el mito no ofrece nunca a los que lo escuchan una significación determinada. Un mito propone una grilla definible sólo por sus reglas de construcción. Para los participantes en la cultura de la que surge el mito, esta grilla confiere un sentido no al mito mismo sino a todo lo demás: es decir a las imágenes del mundo, de la sociedad y de su historia de la que los miembros del grupo tienen más o menos claramente conciencia,

así como interrogaciones que estos diversos objetos les arrojan. En general estos datos dispersos fracasan en unirse y lo más frecuente es que se choquen. La matriz de inteligibilidad provista por el mito permite articularlos en un todo coherente. Dicho sea de paso, se ve que este papel atribuido al mito desemboca directamente en el que un Baudelaire podía prestar a la música.

¿No se encuentra ahí también —aunque en el otro extremo de la escala— un fenómeno análogo a este "simbolismo fonético" al que Jakobson da un lugar importante en la sexta lección? Incluso si surge "de las leyes neuropsicológicas de la sinestesia" (p.118) y por otra parte en virtud misma de estas leyes, este simbolismo tampoco es necesariamente igual para todos. La poesía dispone de numerosos medios para superar la divergencia entre el sonido y el sentido que Mallarmé deploraba en las palabras francesas *jour* (día) y *nuit* (noche). Pero si se me permite aportar aquí un testimonio personal, declaro no haber percibido nunca esa divergencia como tal: ella me hace concebir estos períodos solo de dos formas. Para mí el día es algo que dura, la noche algo que se produce o que sobreviene como en la locución "al caer la noche". Uno denota un estado, el otro un acontecimiento. En lugar de percibir una contradicción entre los significados y las particularidades fónicas de sus significantes respectivos, confiero inconscientemente a los significados naturalezas diferentes. *Jour* (Día) presenta un aspecto durativo, congruente con un vocalismo grave, *nuit* (noche) un aspecto perfectivo, congruente con un vocalismo agudo; lo que a su manera, hace una pequeña mitología.

En los dos polos de la lengua, reencontramos este vacío del que habla Jakobson, y que llama a un contenido para llenarlo. De un polo a otro, siempre se invierten las relaciones presente y ausente respectivamente. Al más bajo nivel de la lengua, la relación de contigüidad está dada, la de semejanza falta. Por el contrario, a este nivel que se podría decir hiperestático (porque se manifiesta con propiedades de un nuevo orden), donde la mitología pliega la lengua a su uso, es la relación de semejanza la que está presente —a la inversa de las palabras, los mitos de pueblos diferentes se asemejan— pero la relación de contigüidad se sustrae, ya que como se lo ha visto no existe ningún lazo necesario entre el mito como forma de significación y los significados concretos a los cuales puede venir a aplicarse.

Queda que en un caso como en el otro el complemento no es ni predeterminado ni impuesto. En lo más bajo, allí donde la lengua está tomada directamente sobre leyes neuropsicológicas que actualizan las propiedades de mapas cerebrales, entre los cuales existen homologías, el simbolismo fonético encuentra los medios de expresarse. En lo más alto, en esta zona donde la lengua transcendida por el mito se embraga sobre realidades externas, se vería aparecer un simbolismo semántico que toma el lugar del otro. Pero, por alejados que estén los dos extremos de la gama sobre la cual se escalonan las funciones lingüísticas, estos dos simbolismos, el uno fonético, el otro semántico, ofrecen una neta simetría. Responden a exigencias mentales del mismo tipo que se dirigen ya sea hacia el cuerpo, ya sea hacia la sociedad y el mundo.

En estas extensiones posibles de su pensamiento teórico, que Jakobson quizás recusaría, se mide en todo caso la amplitud del dominio que abrió a la investigación y la fecundidad de los principios con los cuales gracias a él, esta puede guiarse de ahí en más. Aunque antiguas, estas lecciones no ilustran un estado de la ciencia en un momento del pasado. Hoy como ayer hacen revivir una gran aventura del espíritu cuyas prolongaciones siempre en auge no han terminado de manifestarse en la obra de Jakobson y en todos aquellos lingüistas o especialistas de otras disciplinas a los cuales mostró el camino y continúa inspirando.

Claude Lévi-Strauss

La Escuela libre de altos estudios fue fundada en Nueva York al comienzo de 1942 por eruditos franceses y belgas en el exilio. Ellos ofrecieron de entrada una cátedra de lingüística general a Román Jakobson, que inauguró el primer trimestre mediante seis lecciones "Sobre el sonido y el sentido", acompañadas por un curso sobre la doctrina lingüística de Ferdinand de Saussure. Dos cursos siguieron durante el año universitario de 1942-1943, consagrados uno a los "Cambios de la lengua", el otro a "La afinidad y el parentesco de las lenguas", sin hablar de quince lecciones reservadas cada semestre a "La fonología".

Estos cursos fueron seguidos por ciertos profesores de la Escuela – Henri Grégoire, Jacques Hadamard y Claude Lévi-Straus y por los lingüistas como J. Mattoso Câmara, Paul L. Garvin, Charles F. Hockett, Henry M. Hoenigswald y Thomas A. Sebeok. Román Jakobson daba paralelamente, en el Instituto de filología y de historia orientales y eslavas, ligado a la Escuela libre, un curso sobre "La poesía checa de los siglos IX al XV".

No teniendo entonces la costumbre de pronunciar conferencias en francés, Jakobson había redactado por adelantado sus "Seis lecciones sobre el sonido y el sentido", sirviéndose de esta ayuda memorias en función de una presentación oral más familiar. El texto que se leerá aquí ha sido revisto por Emmanuel Claude Jacquart.

LECCION I

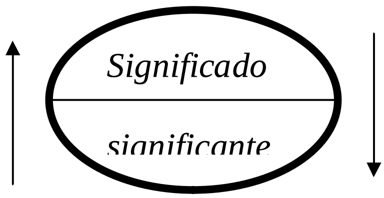
Ustedes conocen la famosa poesía de Edgar Poe "El cuervo" (*The Raven)* y el estribillo melancólico de ese poema, *Nevermore*. Este término, el único que profiere el huésped lúgubre, "es todo su bagaje de saber", como lo subraya el poeta que citamos aquí a partir de la traducción de Baudelaire. Este vocablo que cuenta sólo algunos sonidos, sin embargo tiene un rico contenido semántico. Señala la negación, negación para el porvenir, negación para el futuro, para siempre. Esta palabra augural de siete sonidos – siete, ya que Poe insiste sobre la presencia de la *r* final como siendo, nos dice, "la consonante más vigorosa" (*most producible)*-, este estribillo se muestra capaz de transportarnos al futuro – más aun, a la eternidad. Pero, si es rico en lo que revela, es más rico aun en lo que disimula, rico en significaciones virtuales, en diversas significaciones particulares sugeridas por el contexto de la interlocución o por toda la situación. Abstracción hecha de todo contexto, sobre entiende un número indeterminado de soluciones. "Me aplicaba a encadenar las ideas con las ideas", dice el poeta, "buscando lo que este augural pájaro de los tiempos antiguos, lo que este triste, desgraciado, siniestro, delgado y augural pájaro de los antiguos tiempos, querría hacer entender graznando su *nevermore*. ¡(Nunca más)! Yo me sostenía así, soñando, conjeturando... buscaba adivinar esto..." Y, el contexto del diálogo dado, este estribillo significa vuelta a vuelta: ¡nunca lo olvidarás, nunca te calmarás, no lo abrazarás nunca más, yo no te dejaré nunca más! Además, la misma palabra puede tener la función de un nombre propio, nombre simbólico que el poeta atribuye a su visitante nocturno.

Pero la semántica propiamente dicha de este término (su significación general y sus significaciones accidentales, contextuales) no agota todo su valor. Edgar Poe mismo nos ha contado que es la facultad onomatopéyica virtualmente encerrada en los sonidos de la palabra *nevermore* lo que le ha sugerido la asociación con el graznido del cuervo y

que le ha inspirado incluso todo el poema. En fin, aunque el poeta no busca debilitar la unidad, la monotonía del estribillo, y que introduce siempre de la misma manera: “Dijo el cuervo: *¡nevermore!*”. Está fuera de duda que diversos medios fónicos tales como el tono y sus modulaciones, el acento de intensidad y de aspecto, los matices de articulación de los sonidos y de sus grupos, que estos diferentes medios nos permiten variar de manera absoluta cuantitativa y cualitativamente el valor emotivo de la palabra.

El estribillo de Edgar Poe nos hace ver solo un pequeñísimo número de articulaciones, o bien – si se pasa del aspecto motor de la palabra a su aspecto acústico – un corto número de movimientos vibratorios necesarios para percibir la palabra. En resumen, un mínimo de lo fónico basta para dar y transmitir un rico contenido conceptual, emotivo y estético. Nos encontramos inmediatamente frente al misterio de la idea incorporada a la materia fónica, el misterio de la palabra, del símbolo lingüístico, del Logos, un misterio que pide ser elucidado.

Por supuesto, se nos enseña desde hace mucho tiempo que, como todo signo verbal, la palabra es una unidad de dos caras. Es el aspecto material: el sonido de un lado, y el aspecto espiritual: el sentido por el otro. Toda palabra, y todo signo verbal en general, presenta la unión del sonido y del sentido, o en otros términos la unión del significante y del significado, unión que se ha intentado representar mediante el siguiente esquema:



Ahora bien, si el hecho de esta unión está absolutamente claro, su estructura permanece muy poco conocida. Una serie de los sonidos se encuentra ser el vehículo del sentido, ¿pero cómo cumplen los sonidos esta función de vehículo? ¿Cuáles son exactamente las relaciones entre los sonidos y el sentido en el interior de la palabra y de la lengua en general? Finalmente, se trata de despejar el más pequeño, el último elemento fónico cargado con valor significativo, o —en términos metafóricos— se trata de encontrar los ***cuanta*** de la lengua. Ahora bien solo recientemente este complejo de problemas, a despecho de su importancia fundamental para la ciencia del lenguaje, ha sido finalmente sometido a un estudio profundo y sistemático.

Es cierto que nos equivocaríamos en olvidar las ideas luminosas sobre el papel de los sonidos del lenguaje lanzados ocasionalmente por los pensadores de la antigüedad griega, latina y de la Edad Media, por ejemplo las ideas de uno de los más brillantes y profundos filósofos de la lengua, Tomás de Aquino; nos equivocaríamos también en olvidar las finas observaciones de los viejos gramáticos orientales, sobre todo hindúes; pero es sólo nuestra ciencia de los dos últimos siglos la que se dedicó a las investigaciones detalladas y afanosas sobre los sonidos del lenguaje.

Al comienzo, este interés por los sonidos del lenguaje estaba esencialmente ligado a fines prácticos tales como la técnica del canto o la enseñanza de la palabra a los sordomudos; o bien el estudio de la fonación era proseguido por médicos como uno de los múltiples problemas de la fisiología humana. Pero en el curso del siglo diecinueve, a medida que la lingüística ganaba terreno, es ella la que, paso a paso, se adueñó del estudio de los sonidos del lenguaje, estudio que fue llamado *fonética*. Un empirismo sensualista en su forma más ingenua apegándose ciega e instantáneamente a la experiencia

exterior tomaba raíz en la lingüística de la segunda mitad del siglo pasado, y naturalmente el aspecto espiritual del lenguaje, el sentido, el mundo de las significaciones, se borraba ante la empiria inmediatamente perceptible, tangible, es decir ante el aspecto material del lenguaje, ante su materia sonora. El estudio de las significaciones, la semántica, quedaba muy atrás, mientras que la fonética hacía progresos rápidos y tendía incluso a ocupar el lugar central en la ciencia del lenguaje. La corriente del pensamiento lingüístico más ortodoxa y la más típica para la época en cuestión, escuela llamada neogramática, predominante en el curso del último cuarto del siglo diecinueve y hasta la primera guerra mundial, ha francamente excluido de nuestra ciencia toda cuestión de finalidad. Se buscaba el origen de los fenómenos lingüísticos, pero se desconocía obstinadamente sus fines. Se estudiaba el lenguaje sin preocuparse de saber qué necesidades culturales satisfacía. Uno de los neogramáticos más eminentes, interrogado sobre el contenido de los manuscritos lituanos que acababa de estudiar asiduamente, solo pudo responder con embarazo: "En cuanto al contenido, no lo noté." Era la época en que se estudiaban las *formas*, abstracción hecha de su *función*. Y, lo que es quizás lo más curioso y lo más sintomático para la escuela en cuestión, es la manera de concebir los sonidos del lenguaje, manera muy conforme al espíritu de la época, el cual era rigurosamente empírico y naturalista. Se olvidaba a propósito el hecho de que se trata de un significante, porque no era en absoluto la función lingüística de los sonidos lo que interesaba a los lingüistas, sino los sonidos como tales, los sonidos "en carne y hueso", sin respeto por el papel que jugaban en la lengua.

Los sonidos del lenguaje en tanto que fenómenos de empiria exterior presentan dos aspectos: el aspecto motor y el aspecto acústico. ¿Cuál es el fin inmediato del acto fonatorio? ¿Es el fenómeno acústico o el fenómeno motor mismo? Está claro que es el fenómeno acústico al que apunta el sujeto hablante, es el fenómeno acústico que es el único directamente accesible al auditor. Cuando hablo es a fines que se me oiga. De los dos aspectos del sonido, es pues del aspecto acústico el que presenta ante todo un valor intersubjetivo, social, mientras que el fenómeno motor, dicho de otro modo el trabajo del aparato vocal, es simplemente una condición fisiológica del fenómeno acústico. Y bien, la fonética de la época neogramática se dedicó en primer lugar precisamente a la *articulación* del sonido y no a su aspecto acústico. En otros términos no es el sonido propiamente dicho, sino su preparación, su producción lo que retenía la atención de los investigadores y que sirvió de base a la descripción y a la clasificación de los sonidos. Este punto de vista puede parecernos extraño, incluso pervertido, pero no sorprende en el contexto de la doctrina neogramática. Para esta doctrina, así como para todas las corrientes predominantes de la época, la concepción genética era la única admisible. No era el objeto en sí, sino las condiciones de su aparición lo que se prefería estudiar. A la descripción del fenómeno se sustituía la remisión a sus orígenes. Así el estudio de los sonidos del lenguaje fue reemplazado por la fonética histórica, es decir por la investigación de sus prototipos en los estados anteriores de la lengua dada; por otra parte, la fonética llamada estática fue en gran parte reducida a la observación del aparato vocal y de su funcionamiento. Esta disciplina fue anexada a la lingüística a despecho del carácter netamente heterogéneo de los dos terrenos. Los lingüistas se pusieron a tantear en la fisiología, como lo muestra el ejemplo característico siguiente: Un fonético renombrado, Edward W. Scripture, que tenía también una formación de médico, cita con ironía la descripción corriente de cierta articulación laríngea que habría tenido por resultado infalible ¡la estrangulación mortal del sujeto hablante si esta descripción hubiera sido exacta! Pero, abstracción hecha de semejantes errores, se puede preguntar a qué resultados conduce el estudio de los sonidos del lenguaje en su aspecto motor.

Al comienzo, buscando presentar los sonidos de una manera estrictamente naturalista y el descartar cuidadosamente la cuestión de las funciones que cumplen en la lengua, los lingüistas de todos modos inconscientemente han tenido en cuenta criterios propiamente lingüísticos en la clasificación de los sonidos y sobre todo en la delimitación de los sonidos de la cadena hablada. Este contrabando involuntario era tanto más cómodo que como a semejanza de los psicólogos, los lingüistas desconocían aun el papel del inconsciente y especialmente el gran papel de este factor en todo tratamiento del lenguaje. Pero, a medida en que la observación de los actos fonatorios se perfeccionaban y que el empleo de los instrumentos especiales que venían a sustituirse la experiencia puramente subjetiva, el equivalente lingüístico de los datos fisiológicos se borraban cada vez más.

Es hacia fin de siglo que comienza el rápido progreso de la fonética instrumental o experimental siguiendo una terminología menos precisa, pero más corriente. Con la ayuda de instrumentos cada vez más numerosos y perfeccionados, se alcanza una precisión notable en la investigación de todos los factores de la articulación bucal y en la medida de la expiración. La radiografía encentó una nueva época en el estudio fisiológico de los sonidos del lenguaje. La radiografía al servicio del film sonoro devela el funcionamiento del aparato vocal en todos sus detalles, toda la producción del *sonido*, el acto fonatorio entero está puesto al desnudo, y nosotros lo vemos desarrollarse ante nosotros. Cuando este método devendrá práctica y técnicamente más accesible a los fonéticos, un número considerable de instrumentos fonéticos usuales serán desechados.

Es sobre todo la radiografía la que puso de relieve el papel importante de las partes posteriores del aparato vocal, las partes más ocultas y hasta entonces menos abordables por los métodos corrientes en fonética experimental. Antes del empleo de la radiografía había sólo conocimientos vagos en lo que concierne por ejemplo al funcionamiento del hueso hioides, de la epiglotis, de la faringe e incluso del velo del paladar en el curso del acto fonatorio. Se sospechaba la importancia de estos factores y especialmente el de la faringe, pero no se sabía nada preciso. Recordemos que la faringe es una encrucijada sobre la cual se abre por arriba la vía hacia la cavidad bucal, la vía hacia la cavidad nasal, y abajo la vía hacia la laringe. Cada una de las dos vías superiores es abierta o cerrada por el velo, mientras que la vía laringea está abierta o cerrada por la epiglotis. Hace algunas decenas de años, he aquí lo que se leía sobre la faringe en el manual de Ludwig Sütterlin, lingüista y fonético muy conocido: “La faringe parece ser muy importante para la producción de los sonidos, visto que puede estrecharse y ensancharse, pero hasta el presente no se sabe con seguridad nada más preciso al respecto” (*Die Lehre von der Lautbildung*, Leipzig, 1908)

Hoy, sobre todo gracias a los últimos trabajos de los fonéticos franceses y checos que hacen uso de la radiografía, estamos suficientemente informados sobre el funcionamiento de la faringe en la fonación y estamos al presente en condiciones de decir que el papel fonético de este órgano no es menos considerable que, por ejemplo, el de los labios que, en ciertos respectos, le corresponden. Resulta de estas nuevas experiencias que tan lejos como el estudio fisiológico de los sonidos desconocía el funcionamiento de la faringe y de los factores contiguos, se obtiene solo una descripción fragmentaria e inadecuada. La clasificación fisiológica de los sonidos que tiene escrupulosamente en cuenta diversos grados de abertura bucal, pero no toma en consideración los diversos grados de abertura faringea, peligra inducirnos a error. Si los fonetistas han prestado atención al trabajo de los labios y no al de la faringe, no es porque uno de los factores en juego se mostró más importante que el otro. Hay que darse cuenta de que cuando la fisiología de los sonidos rechaza recurrir a otras disciplinas, es incapaz de establecer las jerarquías de los factores en juego. Por consiguiente, si clasificando los sonidos del lenguaje los fonetistas tomaron en consideración el factor labial y no el factor laringeo, es únicamente

porque el primero era más accesible a la observación que el segundo. Ampliando el campo de investigación y deviniendo una disciplina cada vez más exacta, el estudio autónomo de la fonación descompone los sonidos que analiza en una multitud desconcertante de detalles, sin poder darnos ella misma una respuesta a la cuestión esencial, a saber, el valor asignado por la lengua a cada uno de estos detalles innumerables. Analizando los diversos sonidos de una lengua o de diversas lenguas, la fonética motriz nos ofrece una multitud aplastante de variaciones y le falta el criterio para distinguir las funciones y los grados de importancia de todas estas variantes observadas, y para mostrarnos de esta manera los invariantes a través de la variedad.

Ahora bien, el aislamiento del sonido en el examen fonético es un procedimiento artificial. En la medida en que la fonética se apegue exclusivamente al acto de fonación, es decir a la producción de los sonidos por los órganos, no es incluso realizando este procedimiento, como Ferdinad de Saussure lo había hecho ver claramente. En su *Curso de lingüística general* dado desde 1906 a 1911, redactado luego de su fallecimiento (1913) por sus alumnos, Charles Bally y Albert Sechehaye, y publicado en 1916, el gran lingüista dice con clarividencia: “Si se pudiera reproducir por medio de un cinematógrafo todos los movimientos de la boca y de la laringe ejecutando una cadena de sonidos, sería imposible descubrir subdivisiones en esta serie de movimientos articulatorios; no se sabría dónde un sonido comienza o el otro termina. ¿Cómo afirmar, sin la impresión acústica, que en *fal*, por ejemplo, hay tres unidades, y no dos o cuatro?” Saussure supone que es en la cadena de la palabra oída que se puede percibir inmediatamente si un sonido permanece o no semejante a sí mismo. Ahora bien, como lo mostraron las investigaciones ulteriores, no es el dato acústico en sí el que nos permite subdividir la cadena de la palabra en unidades distintas sino solamente el valor lingüístico de este dato. El gran mérito de Saussure es haber comprendido exactamente que un dato extrínseco existe ya inconscientemente cuando, estudiando el acto fonatorio, se abordan las *unidades* fonéticas y cuando se delimitan los sonidos de la cadena hablada. Una veintena de años después de la muerte de Saussure, el film que habría querido ver fue realizado. El fonétista alemán Paul Menzerath radiografió con ayuda de un film sonoro el funcionamiento del aparato vocal y este film confirmó enteramente el pronóstico de Saussure. Aprovechando este film y las últimas investigaciones en el terreno de la fonética experimental, Menzerath y su colaborador portugués Armando Lacerda probaron que el acto de la palabra es un movimiento perpetuo, ininterrumpido (*Koarticulation, Steuerung und Lautabgreenzung*, 1933) Mientras que la doctrina tradicional distinguía los sonidos de *posición* que comportaban un sostenimiento estable y los sonidos de *transición* a los que les faltaba sostenimiento y surgían en el pasaje de una posición a la otra, los dos fonéticos demuestran que todos los sonidos son en realidad sonidos de transición. En lo que concierne a la cadena hablada, desembocan en una tesis aun más paradójica. Desde el punto de vista estrictamente articulatorio, el carácter sucesivo de los sonidos no existe. En lugar de sucederse, los sonidos se entrelazan; y un sonido que a partir de la impresión acústica sucede a otro puede articularse simultáneamente con este último o incluso en parte ante él. Por interesante e importante que sea el estudio de los sonidos del lenguaje en su aspecto puramente motor, nos damos cuenta a cada paso que este estudio es sólo un instrumento auxiliar de la lingüística y que hay que buscar en otra parte los principios organizadores de la materia fónica del lenguaje.

Apegándose al aspecto motor del lenguaje, los fonetistas no han podido desconocer que el hecho demasiado evidente, incluso tautológico, de que el sonido como tal es un fenómeno acústico. Pero se creía que estudiando la *producción* del sonido en el lugar del sonido mismo se obtenía el equivalente motor del fenómeno acústico, equivalente más accesible, más instructivo y más rico en medios de análisis, como lo enseña por

ejemplo Pierre Rousselot. Se suponía que un paralelismo consecuente subsiste entre estos dos aspectos y que la sistemática de los fenómenos motores se encuentra una contrapartida perfectamente adecuada en la sistemática de los fenómenos acústicos: basta pues elaborar aquella para adquirir automáticamente ésta. Ahora bien este razonamiento frecuentemente repetido hasta nuestros días, y lleno de consecuencias para nuestra ciencia, está resueltamente refutado, contradicho por los hechos. Los argumentos contra esta tesis son muy viejos, más viejos aun que los primeros manuales de fonética.

Señalemos en primer lugar un libro francés que data de 1630 y que lleva el título *Aglossostomographie ou description d'une buche sans langue qu'elle parle et fait naturellement toutes ses autres fonctions (Aglosostomografía o descripción de una boca sin lengua que habla y hace naturalmente todas sus otras funciones).* En 1718, Jussien publica en las *Memorias de la Academia real de las ciencias* un tratado titulado "Sobre la niña sin lengua". Los dos trabajos contienen una descripción detallada de personas que, teniendo sólo un pequeño cabo de lengua, son capaces de pronunciar de una manera impecable todos los sonidos que la fonética llama actualmente las "lingüales" y que define como sonidos cuya emisión comporta esencialmente una acción de la lengua. Estos hechos curiosos han sido muchas veces luego confirmados. Así, al comienzo de nuestro siglo uno de los trabajadores más conocidos en el dominio de los defectos de pronunciación, el médico Hermann Gutzmann, está obligado a reconocer que aunque se utilice el mismo término, *lengua*, para designar una parte de la boca y el fenómeno lingüístico, la segunda acepción puede prescindir de la primera, y casi todos los sonidos que emitimos podrían, con rigor, ser producidos de una manera totalmente distinta sin que los hechos acústicos sean modificados (*Des Kindes Sprache und Sprachfehler*, Leipzig, 1894) Si uno de los órganos fonadores falta, se le puede sustituir el trabajo de otro sin que el auditor lo sospeche. Gutzmann admite sin embargo excepciones. Así las sibilantes – las fricativas *z, s,* y las africadas correspondientes – exigen la participación de los dientes. Pero las investigaciones ulteriores demostraron de una manera concluyente que incluso estas excepciones son imaginarias. El director de la clínica vienesa para los trastornos del lenguaje, Godfrey E. Arnold, ha mostrado en *Archiv für gesamte Phonetik,* III (1939), que incluso luego de la pérdida de los incisivos, la buena pronunciación de las sibilantes permanece intacta, a condición de que la audición del sujeto sea normal. Si una anomalía dental provoca un defecto de pronunciación, se encuentran siempre lagunas en la audición del sujeto y son estas lagunas las que impiden la compensación funcional del defecto anatómico.

Uno de los ilustres pioneros de la fonética motriz, Christoph Hellwag, que descubrió el triángulo vocálico, anuncia y expone este descubrimiento importante en su tesis, *De formatione loquelae* (Tübingen, 1781) Al comienzo de su libro, plantea de repente la siguiente pregunta: si es a nuestros órganos articuladores que debemos nuestra facultad de la palabra, ¿cómo la serpiente desprovista de estos órganos, ha podido conversar con Eva? Esta curiosa pregunta de Hellwag puede ser reemplazada por otra, en el fondo equivalente, pero más empírica. La fonética quiere deducir los sonidos de nuestra lengua de las diversas formas de contacto con el paladar, los dientes, los labios, etc. Pero, si estos diversos puntos de articulación hubieran sido por sí mismos tan esenciales y decisivos, ¿cómo el loro habría podido reproducir fielmente diversos sonidos de nuestro lenguaje a pesar de un aparato vocal que se parece muy poco al nuestro? Todos estos hechos nos llevan a una conclusión muy simple pero sin embargo desconocida en la gran mayoría de los trabajos fonéticos. No se puede clasificar, diría incluso no se puede describir exactamente las diversas articulaciones sin plantearse constantemente la pregunta: ¿Cuál es la función acústica de tal o cual acción motriz?.

Así, estudiando las consonantes, los fonéticos han anotado cuidadosamente su punto de articulación y, clasificando las consonantes, las han alineado todas en un orden según el lugar de este punto en la boca: primero las labiales, luego las dentales, luego las palatales y finalmente las velares, cuyo punto de articulación se sitúa detrás del paladar duro. Durante mucho tiempo, los frecuentes cambios de las velares en labiales o de las labiales en velares permanecieron incomprensibles o bien se explicaban mediante una fórmula mística: los extremos se tocan. Pero, si se renuncia a tratar el punto de articulación como un fin autónomo y si nos preguntamos para qué sirve, nos damos cuenta fácilmente que sirve ante todo para la formación de dos tipos de resonador. Las labiales articuladas hacia los labios tanto como las velares articuladas hacia el paladar blando forman un largo resonador indiviso, mientras que articulando las dentales y las palatales la lengua divide el resonador bucal en dos compartimentos cortos. Ahora bien, como lo que enseña el acústico general, la nota propia de la resonancia adquiere un tono más agudo cuando la cavidad del resonador disminuye. Es pues la longitud del resonador y, que parte, la nota grave de la resonancia lo que es común a las velares y a las labiales. De los hechos como el cambio de *lact-* en *lapt* y de *direct* en *drept* en rumano, que durante mucho tiempo han pasado por enigmáticas, encuentran así su explicación. Además, la posibilidad de obtener el mismo efecto acústico por medios articulatorios diferentes (en particular, las compensaciones funcionales de los defectos anatómicos en los órganos fonadores) nos autoriza y nos incita a buscar en estas articulaciones divergentes sus caracteres comunes, que condicionan la identidad del efecto acústico y que revelan la esencia misma de la articulación, su constante, su elemento pertinente.

Ahora bien, la fonética acústica no data de ayer. Desde la mitad del siglo diecinueve los físicos se apegan a los sonidos del lenguaje, sobre todo a la acústica de las vocales. Pero, contrariamente al estudio de las articulaciones, la fonética acústica no encontró ningún eco en la lingüística tradicional y, en particular, no dejó ninguna huella en los trabajos de los neogramáticos. Esto se explica en parte, como ya lo hemos señalado, por la orientación genética de la lingüística, en parte por el carácter demasiado poco seguro, demasiado hipotético, de los primeros esbozos de la acústica del lenguaje. Pero, en el curso de los veinte o treinta últimos años[2], el estudio acústico de los sonidos del lenguaje hizo progresos rápidos, se podría decir incluso milagrosos. Hubo muchas condiciones favorables para este desarrollo, y principalmente el perfeccionamiento el perfeccionamiento de los métodos de descripción pura en la psicología y la fenomenología modernas, perfeccionamiento que se manifiesta en particular en las obras fundamentales de Wolfgang Köhler, "Akustische Untersuchungen" (*Zeitschrift für Psichologie,* 1910-1915), y de Carl Stumpf, *Die Sprachlaute* (Berlín, 1926). Se debe en el presente utilizar ampliamente las investigaciones acústicas ligadas a las necesidades de la telefonía, de la radio y del film sonoro en Europa y sobre todo en América y los nuevos aparatos de precisión engendrados por estas investigaciones, fundamentalmente los espectrógrafos, los oscilógrafos, etc. Gracias al teléfono, al fonógrafo, y sobre todo a la radio, estamos acostumbrados a oír la palabra despegada del sujeto hablante. El acto fonatorio se borra ante sus productos fónicos. Es a estos que uno se apega cada vez más.

Si, a la que se nombra "fonética experimental", el estudio instrumental de la articulación siguiera siendo, al menos en la mayor parte de los casos, una simple fonética de observación, por el contrario la acústica moderna presta un amplio campo a la experimentación. Se filtra el sonido, se toman a voluntad algunos de sus elementos, se los descompone y recompone. En el siglo dieciocho, los precursores de la investigación fonética se esforzaron en fabricar una máquina parlante imitando nuestro aparato vocal, mientras que en el presente logramos imitar los sonidos del lenguaje reproduciendo sus di-

[2] Recuérdese que esta conferencia transcurre en el año 1942. (N.R.)

versos componentes acústicos con la ayuda de instrumentos especiales. Si no es el homúnculo, es al menos la materia fónica de su palabra la que se ha logrado fabricar; por primera vez sonidos humanos resuenan sin que vengan de un ser humano. Ahora bien, esta vía de experimentación acústica no concluye ahí. El film sonoro promete llevarnos aun mucho más lejos. Los sonidos en tanto fenómenos físicos, es decir el movimiento vibratorio complejo producido en la atmósfera por los órganos de la palabra, se encuentran reproducidos bajo una forma óptica sobre la banda pelicular del film sonoro. Aquellos que han tenido ocasión de examinar atentamente la banda de un film sonoro saben que cada sonido del lenguaje, encontrándose proyectado sobre la banda, posee sus caracteres ópticos particulares. Estos son tan destacados que los obreros de la industria cinematográfica aprendan a leer el diálogo del film simplemente a partir de la banda pelicular. Cuando se proyecta el film, estas imágenes visuales de los sonidos se vuelven un fenómeno acústico. Este procedimiento ofrece grandes posibilidades a la experimentación fonética. Conociendo la imagen visual de cada sonido, se puede simplemente dibujar la palabra y transformarla por intermedio de un film en un fenómeno audible. Así, se puede hacer oír palabras que jamás han sido proferidas por nadie. ¿Pero es necesario limitarse a imitar servilmente los sonidos existentes? Dibujando los sonidos, se puede sucesivamente modificar, deformar su imagen visual y obtener variedades acústicas hasta hace poco desconocidas.

La fonética acústica, que evoluciona y se enriquece día a día, nos permite resolver ya muchos enigmas del sonido, enigmas que la fonética motriz no podía incluso abordar. Pero, siendo infinitamente más apta para la síntesis, la fonética acústica no puede tampoco servir de base autónoma a la sistematización y a la clasificación de los fenómenos fónicos del lenguaje. En principio, ella se choca con los mismos obstáculos que la fonética motriz. Al comienzo, la acústica atribuía a los sonidos sólo un número restringido de propiedades características. Esto no quiere decir que los rasgos en cuestión serían sus propiedades más esenciales. La restricción se debe ante todo al hecho de que las facultades analíticas de la nueva disciplina eran aun bastante modestas. Pero, si consultamos una obra verdaderamente moderna en el terreno de la fonética acústica, por ejemplo la bella monografía del erudito Antti Sovijärvi sobre las vocales y las nasales del finés, *Die gehaltenen, geflüsterten und gesungenen Vokale und Nasale der finnischen Sprache* (Helsinki, 1938), nos encontramos de entrada con una multitud aplastante de detalles en la característica de cada sonido, el sonido descomponiéndose en fracciones diversas e innumerables. La fonética motriz e incluso la acústica se han mostrado incapaces de guiarnos en este caos y de despejar los caracteres pertinentes, los elementos constitutivos e imprescriptibles de tal y cual sonido; la acústica puede darnos con una precisión impresionante la imagen micrográfica de cada sonido, pero no puede interpretar esta imagen, ella tampoco puede hacer uso de sus propios datos, como si fueran jeroglíficos de una lengua desconocida. Cuando dos sonidos, como siempre es el caso, presentan al mismo tiempo semejanzas y desemejanzas, la acústica, no tiene criterio propio para evaluar lo que es de importancia y lo que no lo es, no sabe si es la similitud o la disimilitud lo que importa en cada caso dado. Ella no sabe si se trata de dos variantes de una unidad o de dos unidades autónomas.

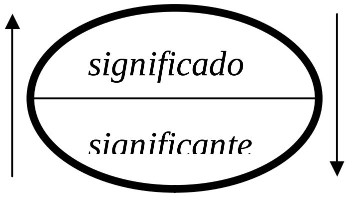
Esta situación es crítica no sólo para la acústica instrumental, sino igualmente para toda transcripción fonética hecha a partir del oído, en la medida en que este texto se apega sólo a la impresión puramente auditiva. Los textos que se esfuerzan en anotar todos los matices de pronunciación, incluso los más delicados, apenas perceptibles y fortuitos, son, como lo ha hecho observar Antoine Meillet, difíciles de leer y difíciles de imprimir. No es únicamente una dificultad técnica. Es de nuevo el problema de las unidades en la variedad lo que nos atormenta, porque, sin solución a este problema inquie-

tante, no hay en absoluto sistema, en absoluto clasificación. La materia fónica del lenguaje se hace polvo. Para la fonética motriz, abordando un problema análogo, hemos debido recurrir a un criterio extrínseco y plantear la cuestión del fin inmediato de las articulaciones, o, más precisamente, del fin acústico; planteamos esta vez la cuestión del fin inmediato de los sonidos como fenómeno acústico. Planteando esta cuestión, superamos ya el plano del significante, el terreno del sonido en sí, y alcanzamos el plano del significado el terreno del sentido. Hemos dicho que se habla para ser oído; hay que agregar que se quiere ser *oído* para ser comprendido. ¡Es el camino del acto fonatorio al *sonido* propiamente dicho y del sonido al sentido! Aquí dejamos el terreno de la fonética, disciplina que estudia los sonidos únicamente en su aspecto motor y acústico, y abordamos un nuevo terreno, el de la fonología, que estudia los sonidos del lenguaje en su aspecto lingüístico.

Hace un siglo un escritor romántico ruso, Vladimir Odoevskij, contó la historia de un hombre que había recibido de un mago malévolo el don de ver todo y oír todo: "Todo en la naturaleza se descomponía ante él sin que nada se uniera en su espíritu", y los sonidos de la palabra se cambiaban ante el desdichado en un torrente de innumerables movimientos articulatorios y de vibraciones mecánicas desprovistas de fin y de sentido. ¡El triunfo del empirismo ciego no habría podido ser anticipado y evocado de una manera más penetrante! En el laboratorio de los investigadores de este borde, los medios fónicos de la lengua se desagregaron en una multitud de datos microscópicos que medían asiduamente olvidando a propósito su fin y razón de ser. Es conforme a estas tendencias que los medidores de la época enseñaban que no se puede estudiar versos más que olvidando su lengua y su significación. El estudio de los sonidos del lenguaje perdía todo contacto con el problema verdaderamente lingüístico, el de su valor a título de signos verbales. La imagen fastidiosa de la multitud caótica planteó con necesidad el principio antitético, el de una unidad organizadora. La fonología dice el maestro de la lingüística francesa, Antoine Maillet, "nos libra de una especie de pesadilla que pesaba sobre nosotros". – La próxima vez, intentaremos precisar, lo que es la fonología y cómo ella logró reunir el problema del sonido al del sentido.

LECCION II

Se nos enseña que toda palabra, y todo signo lingüístico en general, es una entidad de dos caras. Todo signo lingüístico presenta la unión del sonido y del sentido o, en otros términos, la del significante y la del significado. Recordemos el esquema al cual se recurre para representarlo:



Se nos enseña con razón que los dos elementos están íntimamente unidos y se llaman uno al otro, como nos lo indican las flechas de la figura. Tomemos por ejemplo la palabra que se escribe *pain* (pan) Esta grafía, el modo de reproducción de esta palabra por la

escritura, es una grafía tradicional, histórica, que no corresponde más a la pronunciación actual, y que en ciertos diccionarios, es completada por una transcripción fonética más o menos exacta indicada entre paréntesis. ¿Cuál es en el presente la forma fónica de la palabra? Es *pϵ* (consonante *p* más vocal *nasal*) que es el significante de la palabra. Que el diccionario busca a continuación indicarnos lo que esta palabra significa: "Alimento hecho de harina amasada, fermentada y cocida al horno." Es el significado de la palabra "*pain*" (pan)

Si se nos dice *pε*, este significante evoca en nosotros el significado correspondiente, es decir la idea del alimento hecho de harina amasada, fermentada y cocida al horno. Y por otra parte, si pensamos en este alimento y si es en la lengua francesa que se encuentra estar ligado nuestro pensamiento, es la imagen acústica y motriz, en resumen la imagen fónica *pε*, la que surge en nuestro espíritu.

Esta unión íntima entre los sonidos y los sentidos es perfectamente evidente y clara pero, como ya lo hemos señalado, la estructura de esta unión no ha sido sometida sino desde hace poco a un estudio sistemático, estudio que está aun lejos ser acabado. Se sabe que la cadena de los sonidos aparece como el soporte del sentido, pero se trata de saber cómo los sonidos cumplen esta función. Nos hemos permitido recurrir a una metáfora: Se trata de encontrar los *cuanta* de la lengua, es decir de despejar el menor elemento fónico cargado de valor significativo.

Es verdad que la materia fónica del lenguaje ha sido estudiada a fondo y que estos estudios, sobre todo en el curso de estos cincuenta últimos años, han dado resultados brillantes y abundantes; pero, la mayoría del tiempo, se ha estudiado los fenómenos en cuestión abstracción hecha de su función. En estas condiciones, ha sido imposible clasificar estos fenómenos e incluso comprenderlos. Igualmente, no se puede comprender y clasificar máquinas u otras herramientas en tanto que uno se dedica exclusivamente a sus materias brutas y a sus formas exteriores, sin tener en cuenta su empleo. Para poder interpretar y clasificar el juego variado de nuestros órganos fonadores, es necesario tomar en consideración los fenómenos acústicos que ese juego apunta, *porque se habla para ser oído*; y para poder interpretar, clasificar y delimitar los sonidos variados del lenguaje, debemos tener en cuenta el sentido con el que están cargados, porque *es para ser comprendido que se busca ser oído.*

Si abordamos desde un punto de vista puramente fonético, es decir puramente sensualista, un fenómeno fónico cualquiera —por ejemplo, el acento de intensidad—, la observación directa de los hechos motores y acústicos y su análisis instrumental nos demuestran que el carácter exterior de este fenómeno es en diversas lenguas esencialmente el mismo. Se ha estudiado la intensidad auditiva así como sus condiciones fisiológicas y puesto en relieve el papel de la longitud de las cuerdas vocales. Para volver a un sonido más intenso, reforzamos el impulso de aire; esta fuerza mecánica aumenta la longitud de las cuerdas vocales, sus vibraciones devienen más amplias y por consiguiente al sonido más intenso. Comparando el acento de intensidad en lenguas diferentes, se ha constatado que puede ser más o menos fuerte y que puede mantener relaciones variables con el tono y la duración, pero en principio el régimen de la intensidad en sí es idéntico en las diversas lenguas. Por el contrario, el uso que la lengua hace de esto, las funciones lingüísticas de la intensidad varían de una lengua a otra.

A este respecto, me permitiré comparar una simple frase en dos lenguas eslavas, precisamente porque, al contener un rico patrimonio común y asemejándose bajo diversas relaciones, las lenguas eslavas son completamente divergentes en su empleo del acento.

- Ruso: *baba kosit pole*, "la buena mujer segó el campo";
- Checo: *baba kosì pole* .

En cada una de las tres palabras de esta frase, el acento cae, en ruso tanto como en checo, sobre la primera sílaba, y se tiene la impresión de que el papel del acento es en las dos lenguas exactamente el mismo. Ahora bien, ¡nada más falso! El acento de intensidad, presentando en los dos casos una gran similitud exterior, cumple en cada una de las dos frases una función completamente diferente. El lugar del acento es libre en ruso, es decir que hay palabras que llevan el acento sobre su primera sílaba, y otras lo portan sobre la segunda, y así siguiendo. Por consiguiente, el acento es capaz de diferenciar las palabras según su significación. El mismo grupo de sonidos *muka* significa "el suplicio" cuando el acento cae sobre la primera sílaba (*múka*), y "la harina" cuando el acento está sobre la segunda sílaba (*muká*) Y si por ejemplo, en la frase citada, en lugar de *bába kósit*, dijéramos *bába kosít*, esto no significa ya "la buena mujer siega", sino "la buena mujer es bizca". Por otra parte, en checo, el acento porta invariablemente sobre la primera sílaba de la palabra y es por consecuencia incapaz de diferenciar la significación de las palabras. No hay función distintiva, pero hay, por el contrario, una función delimitativa, es decir que el acento señala el comienzo de la palabra: *bAba kOsì pOle*, el acento nos indica donde se encuentran los límites de las palabras en la frase. Esta función delimitativa del acento es desconocida en ruso. Pero en las dos lenguas el acento cumple una función disyuntiva: el número de acentos indica al auditor el número de términos en la frase, el número de elementos constitutivos de la frase. *bAba kOsì pOle*: tres acentos, tres términos, es decir, tres unidades sintácticas elementales. Esta función del acento puede ser completada por la función subordinativa. Acentuando uno de los términos más que los otros, lo ponemos en relieve, señalamos que es el punto de partida de la frase. Acentuando más fuertemente el sujeto de nuestra frase *bÁba kOsit pOle*, queremos decir: "Es la buena mujer que siega el campo." Si el acento de la frase se dirigiera al objeto *bAba kOsit pÓle*, se podría traducir: "Es el campo que la buena mujer siega." O es, en fin, el predicado kÓsit que puede superponerse a las otras palabras con ayuda del acento.

De todas las funciones mencionadas, el acento del francés cumple en el fondo sólo la función disyuntiva. Pero al lado de todas estas funciones que sirven a la comunicación intelectual existen otras: función emotiva, expresiva, enfática. Es en este papel que el acento francés se desplaza del final de la palabra hacia su comienzo. Cito los ejemplos del fonético Léonce Roudet, quien fue el primero en señalar este fenómeno: "Vous êtes un *mi*sérable." "¡C'est *bar*bare!"

Hemos enumerado varias funciones que los elementos fonéticos cumplen en la lengua. ¿Entre todas estas funciones, cuál juega el papel primordial desde el punto de vista de la lengua? ¿Cuál es indispensable? No es difícil responder esta pregunta. Si se dirigen a nosotros en una lengua desconocida, nos preguntamos necesariamente ante todo: ¿Qué significa este enunciado? ¿Qué significan estas palabras? Es la función distintiva, la facultad de los sonidos de diferenciar las significaciones de las palabras, lo que importa ante todo. Teniendo en cuenta la multiplicidad de las funciones lingüísticas, es la facultad distintiva de los sonidos de lo que debemos ocuparnos en primer lugar.

Confrontando palabras como el dado para jugar (*dé: de*) y el dosel (*dais: dε*), tapiz, observamos que la diferencia entre dos sonidos – *e* cerrada y ε abierta - sirve aquí para distinguir dos palabras. Y, si abordamos el inventario fónico del ruso, encontramos ahí entre las vocales acentuadas dos sentidos correspondientes – una *e* más cerrada y una ε más abierta: *mel' (=m'el')* "bajo fondo" y *mel* (*=m'εl)* "tiza". En ruso *e* (cerrada) figura únicamente ante las consonantes palatalizadas, ε (abierta) en todas las otras posiciones. Recordemos que las consonantes palatales son pronunciadas con una presentación del dorso de la lengua contra el paladar – es decir con un resonador bucal aplastado – y comportan por consiguiente un timbre agudo. En ruso *e* (cerrada) y ε (abierta) no pue-

den pues encontrarse en la misma posición, son incapaces de diferenciar las palabras. Hay, como ustedes se dan cuenta, una diferencia esencial entre el par *e – ε* en francés y el par análogo en ruso. En francés, este par posee un valor distintivo del que está desprovisto el ruso.

Los sonidos provistos de un valor distintivo, los sonidos capaces de diferenciar las palabras, han recibido un nombre especial en la ciencia del lenguaje. Se los llama *fonemas*. Así en ruso *e* cerrada y *ε* abierta son sólo dos variantes de un solo fonema, *variantes* que se llaman *combinatorias*, ya que dependen únicamente de la combinación de los sonidos: ante las consonantes palatales, la vocal *e* es cerrada y en las otras combinaciones es abierta.

En checo, *e* cerrada y *ε* abierta no son tampoco capaces de diferenciar las significaciones de las palabras. Ahí también son sólo dos variantes de un solo fonema, pero la repartición de las dos variantes es completamente otra que en ruso. En un estilo por decir así neutro el checo se sirve de una *ε* abierta, pero en un estilo afectado —sobre todo en un lenguaje impertinente, estilo orillero— se ve aparecer una *e* cerrada. Mientras que en ruso las dos vocales son variantes combinatorias, debidas a los diversos contextos fónicos del fonema en cuestión, en checo funcionan como variantes estilísticas: el vocativo *¡pεpiku!* ("¡José!, "¡Un niño!") deviene *¡pepiku!* en un hablar desenvuelto. Aunque el ruso y el checo pronuncian *ε* abierta y una *e* cerrada —uno según los sonidos vecinos, el otro según el estilo de la palabra—, sin embargo es difícil para un ruso tanto como para un checo emplear correctamente la *ε* abierta y la *e* cerrada del francés en tanto fonemas diferentes – e incluso observar sin esfuerzo esta diferencia en pares como el *dais* (dosel) y el *dé* (dado), el *lait (lε)* (leche) y el *lé (le)* (paño) Esto se explica por el hecho de que en las lenguas eslavas citadas la diferencia entre las dos vocales en cuestión no puede servir para la distinción de las significaciones de palabras.

Por otra parte, es el checo, o aun el húngaro, que posee al lado de las consonantes dentales una serie vecina, la de las consonantes prepalatales, articuladas más atrás que las dentales, es decir una serie articulada en la región del *paladar duro*. Así, en la ortografía convencional del checo *sít* "sembrar", y *sít'* "la red". Son pues dos fonemas diferentes, uno dental y el otro prepalatal. Se encuentra un par correspondiente entre los fonemas sonoros: en la ortografía tradicional *dej!* "¡da!" (imperativo) y *dĕj*, "la acción". Ahora bien encontramos las mismas consonantes prepalatales en la pronunciación vulgar del francés, por ejemplo ante la semivocal de la palabra *pitié* (piedad) emitida por un parisino de los suburbios. Pero, contrariamente a la lengua checa o húngara, las oclusivas de este hablar francés no oponen al fonema dental un fonema prepalatal. Las oclusivas dentales y prepalatales son en este hablar sólo variantes combinatorias de un solo fonema. La variante prepalatal tiene lugar ante la semivocal prepalatal, la variante dental en todas las otras posiciones. La prepalatal, figurando en el inventario fonético del hablar parisiense vulgar, no asume función distintiva. Igualmente, las dos variedades de *k* —una velar, articulada hacia el paladar blando (*velum*) y la otra más anterior, palatal, por lo tanto articulada en la región del paladar duro (*palatum*)— encuentran ambas lugar en la pronunciación del francés. La variedad anterior de esta consonante es emitida en diversos hablares franceses ante vocales anteriores, sobre todo ante *i*. La diferencia entre los sonidos iniciales de las palabras *cas* (caso) y *qui* (quien) es frecuentemente muy neta, pero son sólo dos variantes combinatorias, y esta diferencia no tiene en francés ningún valor autónomo. Por el contrario, en polaco o bien en rumano, son dos fonemas netamente distintos. Así, en rumano la variedad palatal de esta oclusiva en *chiu* "gritos", o *chiar* "mismo" (grafía convencional), es opuesta a la oclusiva velar de *cu* "con", o *car* "carretilla".

El irlandés emplea la presencia y la ausencia de la voz no solamente para distinguir *d* y *t*, *g* y *k*, etc., sino también dos fonemas laterales diferentes, una *l* sonora y una *l̥* soplada: *la* y *l̥a*. Y bien, la pronunciación francesa conoce los dos mismos sonidos, pero un francés que no está versado en la fonética no se da cuenta, visto que este par, distintivo en irlandés, no puede, en francés, diferenciar las significaciones de las palabras. Son variantes combinatorias; la *l̥* soplada, pronunciada sin vibraciones de las cuerdas vocales, figura al final de la palabra después de una consonante soplada, por ejemplo *peuple* (pueblo); en cualquier otra posición, *l* es sonora, por ejemplo *peupler* (poblar). El inglés distingue dos fonemas diferentes: el labiodental, expresado por *v* en la escritura, y el bilabial, expresado por *w*. En eslovaco, la *v* labiodental y la *w* bilabial son dos variantes combinatorias de un solo fonema: es una *v* labiodental ante las vocales, pero una *w* bilabial en cualquier otra posición. Las dos líquidas *r* y *l* tienen una función tan netamente distinta en nuestras lenguas (*cf. Raie-laie, cor-col)* que nos parece extraño que en otras lenguas sean simplemente dos variantes combinatorias de un solo fonema. Así, en coreano, este fonema es representado por *l* al comienzo y por *r* al final de la sílaba (probablemente, en el origen, la lengua indoeuropea presentaba un estado análogo) Es natural que un coreano buscando aprender francés comience por pronunciar *rond* con una *l* inicial, *sel* con una *r* final, y para invertir el orden de las dos líquidas en el imperativo *roule* (rueda) que se funde en este caso con *lourd* (pesado) El francés distingue tres fonemas vocálicos en palabras tales como *si*, *su* y *sou*, mientras que en checo son simplemente tres variantes combinatorias de un solo fonema, vocal estrecha, y la elección de una de estas variantes depende del carácter de la consonante que precede.

Estos pocos ejemplos, aunque elementales, bastan para revelar la diferencia cardinal entre el punto de vista estrictamente *fonético*, que solo pide hacer el inventario de los sonidos en tanto que fenómenos motores y acústicos, y el punto de vista llamado fonológico que nos obliga a examinar el valor lingüístico de los sonidos y establecer los fonemas, es decir el sistema de sonidos en tanto que elementos que sirven para distinguir las significaciones de las palabras. Confrontando los dos inventarios, constatamos que difieren esencialmente uno del otro y que la combinación de los fonemas es a la vez mucho más restringida, más neta y más discreta en el sentido matemático del término. Es necesario ver un sistema coherente y coordinado. Si se compara dos lenguas dadas, nos damos cuenta que, desde el punto de vista acústico y motor, sus sonidos pueden ser idénticos, pero que se encuentran estar diferentemente agrupados en fonemas. Así, en extremo oriente, encontramos varias lenguas vecinas que poseen todas el sonido dental *r*; de todos modos, en algunas de entre ellas, por ejemplo en tongouse[3], *r* y *l* son fonemas separados; en otras, por ejemplo en coreano, *r* está al lado de *l* una de las dos variantes combinatorias de un solo fonema líquido; en el tercer caso, en antiguo-guilyak, *r* y *t* eran dos variantes combinatorias que representan ambas un solo fonema dental. En la posición intervocálica, la oclusión —el cierre del canal vocal necesario para la articulación de una *t*— no se cumplía, y en estas condiciones es bajo la forma de una *r* que se realizaba el fonema dental. Por otra parte, un fonema esencialmente idéntico puede ser representado en lenguas diferentes por sonidos de una diversidad considerable desde el punto de vista acústico y motor. Así, en la mayoría de las lenguas del Extremo Oriente, hay sólo un único fonema líquido, y si en chino este fonema está representado por una *l*, en japonés por una *r* y en coreano, como lo habíamos dicho, por dos variantes combinatorias, estas diferencias, puramente exteriores, no cambian nada del hecho que en todas estas lenguas existe sólo un único fonema líquido.

---

[3] *Tongouse:* Miembro de una comunidad siberiana; que pertenece a ese pueblo o a sus habitantes / La lengua Tongouse o Toungouse.

En la lingüística, la idea de fonema, de sonido distintivo, o mejor, la idea de lo que es distintivo en el sonido, no es de ayer. Es sobre todo a Baudouin de Courtenay que pertenece el mérito de haber inaugurado la discusión de este problema en la historia de nuestra ciencia. El gran lingüista polaco abordó la idea del fonema desde 1870 a la edad de veinticinco años, en su conferencia inaugural en la Universidad de San Petesburgo. Al costado del estudio puramente fonético y auditivo de los sonidos del lenguaje, había desde el comienzo concebido “su papel en el mecanismo de la lengua y su alcance según la intuición lingüística de los sujetos hablantes”. Este aspecto como lo había visto el joven Baudouin, no coincide siempre con la clasificación de los hechos fónicos a partir de sus propiedades fisiológicas y físicas; en resumen, según esta concepción, lo que interesa al lingüista así como el sujeto hablante en los sonidos del lenguaje, es ante todo el papel que juegan en la disposición de las palabras. Baudouin de Courtenay había pensado en la creación de una nueva disciplina lingüística que se había propuesto titular “fonética etimológica”. La tarea de la nueva disciplina habría sido, según su iniciador, el análisis de las relaciones entre las representaciones acústico-motrices y las significaciones léxicas y gramaticales.

Es la fuerza creadora de Baudouin la que le permitió plantear y esbozar con una clarividencia sorprendente los problemas esenciales de la lingüística de nuestros días, pero es por otra parte la debilidad —digamos, la incertidumbre— ideológica de su época la que impidió a este investigador genial utilizar integralmente sus propios descubrimientos y encontrar inmediatamente verdaderos continuadores. Hemos citado la conferencia inaugural de Baudouin que data del año 1870. Esta fecha nos ayuda a comprender la rara independencia de pensamiento que denotan las *juvenilia* de Baudouin. Era para la lingüística internacional una etapa de discusión y de fermentación, etapa favorable para lanzar ideas y proyectos osados y personales. Es sólo a final de los años setenta que se ha visto cristalizar y estabilizar la escuela neogramática, concentrada en Leipzig. Esta corriente mas bien alcanzó una posición dominante en el pensamiento lingüístico internacional, posición que logró conservar hasta el tiempo de la primera guerra mundial. Aunque Baudouin no se haya, hablando con propiedad, ubicado jamás en el partido de los neogramáticos, hay que reconocer sin embargo que, como un poco más o menos todos los lingüistas de la época, se dejó influenciar por esta escuela, de la que se encuentran huellas netas en su obra.

El rasgo que es quizás el más sintomático del movimiento neogramático, es la sustitución continua de los problemas de orden estrictamente causal por el problema de los medios y los fines. Toda tentativa para definir un fenómeno lingüístico por su función habría sido condenada en esta época como una herejía inadmisible. La fonética etimológica o, en otros términos, la fonética funcional proyectada por el joven Baudouin fue, conforme al espíritu del tiempo, reemplazado en los trabajos ulteriores del mismo erudito por la “psicofonética”, según su propia terminología. Ya no es la función de los sonidos, la cuestión del fin al que apunta, en resumen ya no es la relación de los sonidos y del sentido lo que determina la disciplina en creación. Y si la fonética etimológica fue concebida por el joven Baudouin como un puente tendido entre la fonética y la gramática, de creer en su programa la psicofonética buscaba establecer un puente entre la fonética y la psicología. La fonética debía estudiar la producción y la audición de los sonidos del lenguaje y la psicofonética estaba llamada a elucidar las condiciones psicológicas de la fonación y de la audición.

Ahora bien, si hacemos abstracción de esta fraseología y de la terminología del programa de Baudouin y si examinamos la esencia misma, el contenido real de sus trabajos en este dominio, nos damos cuenta de que de hecho aborda los sonidos del lenguaje no como psicólogo sino como lingüista. Desde el comienzo, ha captado la importancia del

factor diferencial, hizo ver el núcleo distintivo del sonido – dicho de otro modo, el fonema en sí. Es precisamente sobre el concepto de fonema que fundó su estudio del aspecto fónico de la lengua. Pero, es siendo un innovador astuto en lingüística, en sus puntos de vista filosóficos y psicológicos Baudouin de Courtenay seguía siendo tributario de las ideas corrientes de la época. Y como la época exigía que todo fenómeno fuera definido no por su función sino únicamente por su génesis, Baudouin intentó formular una concepción genética del fonema, adaptada a la ideología reinante. Para legalizar la noción de fonema, se veía obligado a responder a preguntas inquietantes: ¿Dónde se asienta pues el fonema? ¿En qué aspecto de la realidad está enraizado?. El erudito creía haber encontrado la solución de este problema proyectando la noción de fonema, noción puramente funcional, puramente lingüística, en el mundo de nuestras imágenes mentales. Y él creía haber logrado echar los fundamentos del fonema definiéndolo como "el equivalente psíquico del sonido". El "psicologismo" de Baudouin era sólo un camuflaje para justificar sus investigaciones innovadoras a los ojos de la época y a sus propios ojos. Pero este camuflaje impidió al autor orientarse en sus grandes descubrimientos personales y extraer sus conclusiones.

La doctrina de Baudouin desdichadamente conservó este carácter ambiguo. Así, el ilustre lingüista ruso, lev V. Ščerba, uno de los mejores alumnos de Baudouin de Courtenay, en su libro sobre las vocales rusas (aparecido en 1912) que fechó en el desarrollo de la escuela baudouiniana y del pensamiento lingüístico en general, somete al concepto de fonema a un examen atento y detallado, y designa el fonema como "la unidad fundamental" de la lingüística. Definiéndolo así, Ščerba presta una mayor atención que Baudouin al aspecto funcional del fonema, pero, paralelamente, enganchó más aun que su maestro el concepto al dogma genético y mecanicista de la psicología tradicional. Ciertamente, para Ščerba, la cualidad esencial del fonema, es su facultad de diferenciar las palabras, pero al mismo tiempo el erudito insiste sobre los criterios psicológicos del fonema. El fonema y el sonido no son para él dos aspectos del mismo fenómeno, sino dos fenómenos contiguos. En lugar de concebir el fonema como el aspecto funcional del sonido y el sonido como el substrato del fonema, opone el sonido al fonema, como un hecho exteriorizado, objetivo, al hecho psíquico, subjetivo. Esta manera de ver es errónea. Para persuadirse de eso, basta invocar nuestra palabra interior, no exteriorizada.

Nos hablamos nosotros mismos sin emitir y sin oír sonidos. En lugar de pronunciar o de oír, nos imaginamos pronunciando u oyendo. Los términos de nuestra palabra interior no se componen de sonidos emitidos, sino de sus imágenes acústicas y motrices. Y si un ruso, en su palabra interior, se imagina pronunciar las palabras *mel* y *mel'*, de las que ya hemos tenido ocasión de hablar, la primera palabra comportará la imagen acústica y motriz de una *ε* abierta, la segunda palabra la imagen de una *e* cerrada. Por consiguiente, la unidad del fonema con relación a la diversidad de los sonidos —por ejemplo, en la lengua rusa, la unidad del fonema */e/* con relación a sus dos variantes, los sonidos *ε* abierta *e* cerrada— no puede ser interpretada como la unidad de la imagen psíquica con relación a la variedad de las emisiones. ¿Qué quiere decir la unidad del fonema, por ejemplo la unidad del fonema */e/* en ruso? Esto quiere decir que la diferencia entre una *e* cerrada y una *ε* abierta no está en juego en el sistema de los medios semánticos de esta lengua, que esta diferencia no sirve para distinguir los términos. Lo que sirve para distinción de los términos, es el carácter medio de una */e/* (abierta tanto como cerrada) por oposición a la vocal alta */i/* (*m'il* "querido") y la vocal baja */a/* (*m'al* "arruga")

Es solamente mediante el análisis del funcionamiento de los sonidos en la lengua que se puede establecer el sistema de los fonemas de la lengua dada. Ščerba y algunos otros alumnos de Baudouin de Courtenay prefirieron recurrir a un método diferente, el de la introspección psicológica. Apelaron a la conciencia lingüística del sujeto hablante. Se-

gún su concepción, el fonema es una representación acústico-motriz que la conciencia del sujeto hablante debe despejarse, es verdad que los elementos independientemente distintivos de la lengua se presentan a la conciencia mucho más nítidamente que aquellos que están desprovistos de función distintiva. Pero el hecho primario, es precisamente el valor distintivo de tal o cual elemento, mientras que la presencia en la conciencia es sólo el resultado de este valor. Es pues totalmente lógico tomar como criterio del análisis el hecho primario, es decir el valor distintivo de los elementos analizados, y no el hecho secundario, es decir nuestra actitud más o menos consciente respecto a estos elementos. Este último criterio nos hace pasar del terreno de la lingüística al de la psicología. Pero el mayor inconveniente de este criterio, es que los límites entre lo consciente y lo inconsciente son muy imprecisos para todo lo que concierne a la lengua y sus elementos. Como regla general, la lengua no es para nosotros un fin en sí sino solamente un medio, y por lo común los elementos de la lengua permanecen por debajo del umbral de nuestro designio reflexivo. Como dicen los filósofos, la actividad lingüística funciona sin conocerse. E incluso si un sujeto sin educación particular llega a extraer ciertas unidades funcionales de la lengua, fundamentalmente fonemas o categorías gramaticales, no está en situación de despejar las leyes de sus relaciones, es decir el sistema de las categorías gramaticales o el sistema de los fonemas. Es característico que, fundando su estudio de los fonemas sobre la conciencia de los sujetos hablantes, Ščerba se vea forzado a renunciar a toda clasificación de estas unidades.

A pesar de todas estas incertidumbres, el núcleo sano de la doctrina de Baudouin, la idea del valor distintivo de los fonemas, terminó por encontrar acceso en la lingüística mundial. Por otra parte, ideas análogas surgieron en algunos lingüistas del siglo pasado, independientemente de la escuela en cuestión. Hay que citar sobre todo al dialectólogo suizo Jost Winteler, que, en una monografía luminosa sobre un hablar suizo-alemán del cantón de Glarus, publicado en 1876, no solamente despejó la vía a la dialectología científica, sino también indicó nítidamente la necesidad de no confundir dos formas de diferencias fónicas: unas utilizadas en una lengua dada para dar diferencias léxicas o gramaticales, las otras desprovistas de esta función. Pero el libro de Winteler que apareció al mismo tiempo que los primeros grandes trabajos propagadores de las tendencias neogramáticas, su idea fundamental contrastaba demasiado con la corriente general y salvo algunas excepciones, no fue incluso percibida. Dos fonéticos célebres, el inglés Henry Sweet y su alumno danés Otto Jespersen, en principio distinguieron entre los hechos fónicos los dotados de un valor significativo y aquellos que estaban desprovistos de él, pero no extrajeron de este principio ninguna consecuencia metodológica para la teoría de la lengua. En el comienzo de nuestro siglo, la idea de fonema lanzada por los dos investigadores polacos —Baudouin de Courtenay y Nicolás Kruszewski— y por sus alumnos rusos, comenzó a infiltrarse en la ciencia internacional. Esta noción respondía a necesidades tanto teóricas como prácticas. El número de las lenguas que se buscaba describir y analizar de una manera científica devenía cada día más grande. Se anotaban los textos y se encontraba a cada paso ante la siguiente pregunta: ¿Qué es en la materia fónica lo más digno de ser anotado? Va de suyo que era imposible anotar la multitud innumerable de matices fónicos que se presentaba a la oreja del observador. Había que elegir: se buscaba el criterio de elección. La idea de fonema fue la bienvenida para los africanistas así como para los especialistas de las numerosas lenguas del Cáucaso, para los americanisantes como para los orientalistas.

Es al comienzo de nuestro siglo que la lingüística francesa captó la importancia del concepto de fonema. Ya antes de la primera guerra mundial Antoine Meillet se había dado cuenta de que el valor de los fonemas es llamado a devenir el problema esencial de todo estudio lingüístico de los sonidos. En el *Curso de lingüística general* que Ferdinad

de Saussure había hecho durante los últimos años de su actividad universitaria y que sus alumnos redactaron y publicaron unos años después, encontramos una mezcla extraña de todos los estadios del estudio de los sonidos, de la época neogramática hasta la época moderna. Saussure nos enseña que lo que importa en la palabra, no es el sonido mismo, sino las diferencias fónicas que permiten distinguir este sonido de todos los otros, porque son ellas las que portan la significación. El *Curso* lanza la fórmula devenida luego célebre: "Los fonemas son ante todo entidades opositivas, relativas y negativas." Saussure va incluso a afirmar que el sistema de estos fonemas netamente diferenciado, *sistema fonológico*, como lo llama, es la única realidad que interesa al lingüista en el terreno fónico. Pero, por otra parte, reencontramos en este mismo *Curso* de Saussure la impronta de un psicologismo ingenuo completamente análogo al de Baudouin. Pasando de sus tesis preliminares a los principios internos del tratamiento lingüístico de la materia sonora, toma como su "base natural", no el valor funcional de los sonidos, ni incluso la conciencia lingüística invocada por Baudouin, sino "la impresión producida por el sonido sobre la oreja". Y desde que aborda el estudio concreto del "sistema fónico", deja incluso este criterio auditivo y declara simplemente que este análisis "podría ser hecha sólo sobre la base del acto articulador". Dicho de otro modo, vuelve a los procedimientos del estadio primitivo de la fonética motriz.

Pero a pesar de las contradicciones, por numerosas que sean, contenidas en la doctrina de Baudouin de Courtenay, es a él y su escuela que debemos la primera noción del estudio funcional de los sonidos, es decir la noción de *fonema*. Y a pesar de las numerosas contradicciones en la doctrina de Saussure, es a él y a su escuela que somos deudores de la segunda noción esencial para el estudio funcional de los sonidos, la noción de relaciones entre los fonemas, en resumen, la noción de *sistema fonológico*. Siendo el punto de partida para el estudio de la relación entre los sonidos y el sentido sugerido por estos dos lingüistas, se trataba de extraer de él todas las consecuencias y de elaborar realmente la nueva disciplina, el estudio sistemático de los sonidos del lenguaje desde el punto de vista de sus tareas lingüísticas. Esta disciplina, a la que nos hemos acostumbrado de llamar "fonología" (en inglés, *phonemics*), fue inaugurada por una parte por Eduard Sapir y Leonard Bloomfield en América y, por otra parte, por un círculo praguense de lingüistas rusos y checoslovacos conocidos en la literatura lingüística bajo el nombre de Escuela de Praga. Es este equipo que ha propuesto al primer Congreso internacional de lingüística en La Haya en 1928 varias tesis de trabajo aceptadas por el Congreso. "Toda descripción lingüística de la fonología de una lengua, dicen estas *tesis*, deben ante todo comprender la característica de su sistema fonológico. Es decir la característica del repertorio propio de esta lengua, de las diferencias significativas entre las imágenes acústico-motrices". (Ustedes notarán ahí vestigios de la terminología cuasi psicológica de Saussure y de Baudouin.) Las tesis insisten a continuación sobre una especificación más detallada de estas diferencias significativas, sobre la investigación de las leyes generales que rigen las relaciones en cuestión y sobre el estudio de los cambios en función del sistema fonológico que lo sufre. En el curso de los años treinta, las investigaciones fonológicas se han desarrollado amplia y profundamente en todos los países donde existe la lingüística. Estos estudios englobaron los dominios más diversos, a saber la lingüística sincrónica, histórica y geográfica, la prehistoria de las lenguas, la patología del lenguaje, el lenguaje infantil, la lengua poética, la escritura, etc.

Haciendo uso de esta rica experiencia, nos plantearemos la pregunta: ¿Qué se puede decir actualmente sobre la relación entre el sonido y el sentido? – intentaremos analizar esta relación.

LECCION III

Es verdad que ya en el curso de la década de 1870 algunos investigadores entrevieron el problema de la relación entre los sonidos y el sentido, el problema del funcionamiento de los sonidos al servicio de la lengua. Pero es sólo luego de la primera guerra mundial que la lingüística encentó el estudio sistemático y consecuente de los sonidos bajo el ángulo de sus funciones en la lengua. Este estudio devino una disciplina especial de la lingüística y, en el fondo, es sólo con la creación de esta nueva disciplina que el estudio de los sonidos fue incorporada a la ciencia del lenguaje, a la lingüística propiamente dicha, porque el estudio de la materia fónica en sí, el estudio de los sonidos desde el punto de vista motor y acústico, sin consideración a las funciones que cumplen en la comunicación, no pertenecen directamente al terreno de la lingüística. Este estudio fonético nos provee de los datos preciosos sobre la materia fónica, pero sin poder decirnos cómo la lengua la pone en práctica, cómo adapta esta materia bruta a sus propios fines. La fonética está fuera de la lingüística como la química de los colores está fuera de la teoría de la pintura propiamente dicha. Por el contrario, el estudio del empleo de los sonidos en el lenguaje (dicho de otro modo, sonidos en calidad de signos verbales), forma parte integrante de la lingüística, como el estudio del empleo de los colores en tanto que signos pictóricos entran en la teoría del arte figurativo y particularmente en la ciencia de la pintura.

Este estudio lingüístico de los sonidos, el estudio de los sonidos a la luz de las tareas que cumplen en el lenguaje, entonces recibió el nombre de fonología. En el siglo diecinueve, el término "fonología" se empleaba frecuentemente como simple sinónimo de fonética, pero es el término "fonética" el que tuvo suerte en la mayoría de los países. ¡Así, Michel Bréal, predecesor de Meillet en el Collège de France, condenó el término "fonología" que le parecía asociarse fácilmente al griego phonos, "asesinato", y evocaba así la idea de una ¡ciencia del homicidio! Ferdinand de Saussure se sirvió de estos dos términos, fonología y fonética, para designar por una parte la descripción de los medios fónicos, sea de una lengua dada sea de la lengua en general, y por otra parte el estudio puramente genético, el del cambio de los sonidos del lenguaje.

El Curso de lingüística general presenta, ya hemos tenido ocasión de señalarlo, graves contradicciones en la manera de concebir y describir los medios fónicos del lenguaje. Estas contradicciones caracterizan el lugar intermediario que ocupa la doctrina saussouriana entre dos corrientes sucesivas del pensamiento lingüístico: la corriente del empirismo ingenuo y la orientación estructural de la ciencia moderna. En el sector fonológico del Curso, estas contradicciones fueron reforzadas por los redactores que, más tarde, ellos mismos se lamentaron por haber reunido mecánicamente las notas de Saussure sobre la fonología, las que pertenecían de hecho a estadios distintos de su actividad científica. Así encontramos en el capítulo VII de la introducción una identificación resuelta de la fonología y de la fisiología de los sonidos mientras que, algunas líneas más adelante, Sausure sostiene que, "lo que importa para el análisis", no son "los movimientos del aparato vocal necesarios para producir cada impresión acústica", sino únicamente el juego de oposiciones que la lengua pone en práctica. "Lo que importa en la palabra" leemos a continuación, "no es el sonido mismo, sino las diferencias fónicas que permiten distinguir esta palabra de todas las otras, porque son ellas las que portan la significación" (Segunda parte, capítulo II) Es sobre el aspecto significativo de la fonología, el sonido concebido como significante, que los alumnos de Saussure tuvieron razón de insistir.

Una de las primeras y más netas manifestaciones de la doctrina saussourianas, el libro de Albert Sechehaye Programme et mêthodes de la linguistique théorique (Programa y métodos de la lingüística teórica), apareció en 1908, declara resueltamente: "La visión errónea que combatimos descansa sobre la confusión de dos cosas muy distintas: la ciencia de la voz, como fenómeno físico y fisiológico, y la fonología, o el estudio de los sonidos en el lenguaje organizado (pag. 132)" Es del símbolo que conviene partir, y lo que importa es menos su cualidad intrínseca que su relación con todos los otros símbolos, los caracteres que permiten a la vez diferenciarlo de todo lo que no es él, y asimilarlo con todo lo que le es gramaticalmente idéntico. Su cualidad material debe permitir esta doble operación. Para esto, es necesario que se pueda analizarlo en elementos fonológicos de cualidades bien definidas; y, para que estas cualidades sean bien definidas, es necesario que existan no en actos concretos, pasajeros, sino en idea, como los símbolos mismos. Sería impracticable que estas ideas de sonidos fueran de número demasiado elevado, variando de una palabra a otra. Cada lengua supone un sistema fonológico, es decir una colección de ideas de sonidos ("ideas o, sí se prefiere, representaciones de los sonidos", agrega Sechehaye para volver a su terminología sino a su concepción menos insólita) La existencia de este sistema es un procedimiento gramatical de un orden particular, pero análogo en consideración a todos los otros procedimientos. En último análisis, es ese sistema el portador de todo pensamiento en el lenguaje, ya que los símbolos no existen y tiene carácter propio sólo gracias a él. Constituye también, una forma, porque "se puede concebir el sistema fonológico bajo su aspecto algebraico y reemplazar los treinta, cincuenta o cien elementos que lo componen en una lengua dada mediante otros tantos símbolos generales que fijan su individualidad, pero no su carácter material" (pp.150 y siguientes) Reconociendo que "estamos lejos de haber penetrado aun muy adelante en el conocimiento de los fenómenos de fonología", las tesis de Sachehaye enuncian ya netamente el nacimiento y la esencia de la nueva disciplina y le asignan el nombre de fonología del que nos hemos apropiado y que se ha pronto ampliamente expandido.

Hasta un cierto punto, nuestro empleo del término "fonética" corresponde también a la tradición saussuriana. Concebimos la fonética propiamente dicha como un examen de los sonidos del lenguaje, abstracción hecha de las tareas lingüísticas que cumplen. ¿Ahora bien, qué es lo que especifica el punto de vista fonético, según Saussure? Es el principio de que todo "lo que pertenece a la fonética es no significativo". Pero no seguimos a Saussure en su idea preconcebida de que la evolución fónica no tiene nada que ver con los valores lingüísticos de los sonidos. Saussure atribuía a los cambios de los sonidos un carácter ciego, fortuito y "extraño al sistema de la lengua". La experiencia nos muestra por el contrario que los cambios pueden ser comprendidos sólo en función del sistema fonológico que lo sufre. Por consiguiente, el sistema de los sonidos en tanto que valores lingüísticos puede ser estudiada en su evolución tanto como en su estado dado, y la fonología engloba el estudio histórico de los fonemas. La oposición de la fonología y de la fonética no tienen pues nada que ver con la oposición de la descripción y de la historia.

Si intenté poner de relieve las afinidades de la fonología moderna con las tendencias y los términos de la escuela saussuriana, es porque se afirma frecuentemente equivocadamente que nuestro uso del término "fonología" no tiene nada de común con la tradición ginebrina.

El estudio fonológico –descriptivo tanto como histórico, tanto teórico como concreto – hizo progresos rápidos en el curso de los últimos quince o veinte años. No es muy fácil orientarse en estas investigaciones. Incluso, no poseemos bibliografía un poco completa. Ahora bien los trabajos fonológicos están muy dispersos. Basta enumerar las lenguas en

las cuales se han escrito para dar una idea de su gran variedad: estos son el francés, italiano, español y rumano; inglés, las lenguas escandinavas, alemán y holandés; ruso, ucraniano, checo, eslovaco, polaco, serbio croata y búlgaro; lituano y letón; húngaro, finés y estonio; decenas de estudios fonológicos también han sido publicados en japonés. Es hacia el fin de los años treinta que se ha visto culminar la fonología en el estadio de los manuales, pero los acontecimientos mundiales suspendieron este desarrollo. El gran lingüista contemporáneo Nicolás Troubetzkoy (1890-1938) dedicó los diez últimos años de su vida casi únicamente a las investigaciones fonológicas. Entre una serie de brillantes descubrimientos, le debemos sobre todo el primer intento de una clasificación fonológica de las vocales y por consiguiente una tipología de los sistemas vocálicos del mundo entero. Son descubrimientos de una potente envergadura, y se los comparó legítimamente con el célebre sistema de los elementos químicos establecidos por Mendeleev. Troubetzkoy, profesor en la Universidad de Viena, trabajaba asiduamente en un amplio tratado de fonología general, pero la ocupación de Austria por los nazis aceleró el fin prematuro del erudito, y su obra póstuma *Grundzüge der Phonologie*, séptimo fascículo de los *Travaux du Cercle linguistique de Prague*, aparecido en 1939, no contiene sino la primera de las dos partes proyectadas; incluso este primer volumen no fue terminado por el autor. También en 1939 el lingüista de Layden Nicolás van Wijk publicó el único manual completo de fonología, pero este libro, escrito en holandés bajo el título *Phonologie*, solo fue accesible a un número restringido de lectores, y una nueva versión de este trabajo que el autor esperaba publicar en una lengua de mayor difusión no pudo realizarse, habiendo muerto el autor en 1941, en los Países Bajos ocupados. Es sobre todo en los *Travaux du Cercle linguistique de Prague*, del primer volumen al octavo (1929-1939), que se encuentran muchas contribuciones fonológicas debidas a los lingüistas de diversos países. Los bellos comienzos de las investigaciones fonológicas en América se señalan por los trabajos de Edward Sapir cuya muerte prematura (1939) es una pérdida dolorosa para la ciencia mundial, y por los de Leonard Bloomfield, el eminente maestro de la lingüística americana actual. Me permito atraer vuestra atención sobre todo sobre los capítulos fonológicos del libro *Language*, la obra capital de Bloomfields, publicada en New York en 1933, y sobre la obra luminosa de Sapir titulada *Sound Patterns in Language*, aparecido en 1925 en el primer fascículo de la excelente revista *Language*, órgano de la Sociedad lingüística de América. Esta revista continúa publicando contribuciones importantes para el estudio fonológico.

¿Cómo se plantea pues la cuestión primaria de la fonología, la del fonema, es decir la cuestión del sonido en tanto que valor significativo a la luz de todas estas numerosas y multiformes investigaciones? Ciertamente, en la definición actual del fonema es su valor lingüístico el que legítimamente tomó el primer lugar. No son sus fundamentos “psicofonéticos” los que determinan el fonema, sino las tareas que cumple en la lengua. Como consecuencia directa de esta definición estrictamente lingüística, se esperaría naturalmente encontrar en los nuevos trabajos sobre el fonema ante todo el análisis de su estructura interna. Esta expectativa se encuentra sin embargo falseada. El análisis estructural del fonema demanda hacerse aun y en lugar de este análisis encontramos en la mayor parte de los estudios sobre el fonema ante todo una discusión encarnecida sobre sus modos de existencia. Uno de esos estudios, el del lingüista polaco Witold Doroszewski, lleva un título elocuente: *Autour du phonème* (Alrededor del fonema), habitualmente en efecto, es a los alrededores del fonema que se continúa llevando al lector en lugar de introducirlo inmediatamente en el interior. La herencia latente de la “psicofonética” vive siempre, y reconociendo enteramente que el fonema es un fenómeno lingüístico definido por su función, se continua preguntando obstinada e ingenuamente: ¿Pero dónde se asienta entonces, este fenómeno lingüístico? Se continúa buscando las

correspondencias de los fonemas en el espíritu de los sujetos hablantes. Por extraño que sea esto, los lingüistas que estudian el fonema están inclinados sobre todo a discutir su modo de existencia. Se apegan así a una cuestión cuya respuesta se encuentra evidentemente fuera de la lingüística.

El problema ontológico de saber qué forma de realidad se oculta detrás de la noción de fonema no contiene verdaderamente nada específico para la idea del fonema. Esto es sólo un caso particular de un problema mucho más amplio: ¿qué género de realidad se puede atribuir a todo valor lingüístico e incluso a todo valor en general? Abordemos por ejemplo la unidad gramatical más pequeña (sea raíz, sea simplemente sufijo o prefijo), lo que se llama “morfema” en lingüística moderna, según el término forjado por Baudouin de Courtenay. Y bien, si es sobre la realidad psicológica que estamos resueltos a fundar el ser de un morfema y del morfema en general, el ser de una palabra y de la palabra, de una parte del discurso y de las partes del discurso, el ser de una norma sintáctica y de la norma sintáctica, finalmente, el ser de una lengua dada y de la lengua en general, en resumen, si estamos resueltos a fundar sobre la psicología el ser de los valores lingüísticos y de sus sistemas, *eo ipso* estamos obligados a reconocer igualmente la base puramente psicológica del fonema y de todo valor fonológico. Pero, si consideramos todos los valores lingüísticos mencionados como un bien social, como un producto de la cultura, el fonema se somete automáticamente al mismo modo de interpretación. En fin, un erudito que concibe la noción de valor como una hipótesis de trabajo, como una especie de ficción, como un simple medio eurístico (suposición necesaria para el análisis científico) sin atribuir a esta noción de valor una realidad objetiva, este erudito deberá tratar de la misma manera también a la noción de fonema. Y continuar así.

Salvo pocas excepciones, la discusión de los lingüistas sobre la esencia del fonema ha repetido simplemente los famosos debates filosóficos entre los nominalistas y los realistas, los adeptos del psicologismo y los del antipsicologismo, etc.; además, lo hizo con medios insuficientes. Así, es inútil discutir de nuevo la legitimidad de la concepción psicológica del fonema luego de la famosa campaña del fenomenólogo Husserl y de sus adeptos contra la aplicación de un psicologismo perimido a la teoría de los valores. Las tentativas de algunos lingüistas para refutar la realidad objetiva de los fonemas reflejan en el fondo, si bien de una manera involuntaria e imperfecta, las ideas paradójicas del filósofo Bentham y de sus continuadores sobre la necesidad de valores ficticios. Estas intrusiones de los lingüistas en esferas que les son extrañas nos parecen o bien superfluas o bien directamente peligrosas. Peligrosas en los casos desdichadamente demasiado frecuentes donde un especialista que maneja con destreza su propio terreno se arriesga en otra disciplina sin que los métodos y principios de esta disciplina le sean suficientemente conocidos. Es el caso, por ejemplo, del lingüista Alfred Schmitt quien intentó abolir la noción de fonema mediante argumentos cuasi psicológicos sin estar versado él mismo en las cuestiones de psicología (*Wörter und Sachen*, XII/1936) Schmitt creyó poder negar la existencia del fonema porque en la mayoría de los casos la atención de los interlocutores permanece lejos de estar fijada sobre los fonemas y porque en la mayor parte de los casos el fonema no funciona por sí solo. El autor invoca la psicología sin saber que esta ciencia nos demuestra precisamente la existencia de numerosos contenidos que funcionan sin ser forzosamente objeto de nuestra reflexión e incluso sin que puedan ser separados efectivamente de los contextos de los cuales dependen.

Schmitt cree que, para los sujetos hablantes, la palabra es la unidad lingüística más pequeña. Pero el caso de este estado refleja en verdad un hecho netamente patológico. La palabra es el fenómeno lingüístico más pequeño, para un sujeto afectado por una especie de afasia que se llama afasia atáctica. Este enfermo conserva su léxico habitual y está aún en estado de emitirlo impecablemente, pero fuera de estas palabras que le son

familiares ya no es capaz de emplear los mismos fonemas y las mismas sílabas en que consiste su residuo léxico. Puede decir *kafe* (café), pero si se le propone pronunciar *feka* o *fake*, no puede hacerlo del mismo modo. Contrariamente a este enfermo, y contrariamente a la idea que se hace Schmitt sobre el sujeto hablante normal, el verdadero sujeto normal no concibe la palabra como una unidad petrificada, completamente automatizada e indivisible. Por esto el sujeto normal —si participaba, por ejemplo en la creación de un argot secreto— podría cambiar la palabra borracho en choborra, [*cabaret* en *baréca, les princes* en *linspré*, etc.], y es por la misma razón que sería capaz de comprender o incluso inventar retruécanos [*contrepèteries*] (en inglés *spoonerisms*[4]), es decir juegos de palabras producidos por una interversión de fonemas. He aquí algunos ejemplos de esos juegos de palabras que debo al Sr. Levi-Strauss y que son al mismo tiempo juegos de fonemas, juegos que nos prueban la autonomía del fonema: *un sot pâle – un pot sale* (un tonto pálido – un pote sucio)***; tendez votre verre – vendez votre terre*** (tienda su vaso – venda su tierra)***; mort de faim – fort de main*** (muerto de hambre – fuerte de mano)**.** Como lo hemos dicho el otro día, r y l son dos fonemas para un francés, pero para un coreano son sólo dos variantes de un mismo fonema. Este fonema figura bajo la forma de r en el comienzo y bajo la forma de una l al final de una sílaba. *Louez les rois* (alabados los reyes) – *rouez les lois* (rodar las leyes): invirtiendo los dos fonemas líquidos, obtenemos un retruécano [*contrèpêterie*] l y r, mientras que, para la costumbre fónica de un coreano, lo que obtenemos reinvirtiendo el orden de las dos líquidas, no es un retruécano, no es un cambio de sentido, es simplemente una mala pronunciación del coreano.

He aquí otro argumento en favor de la autonomía relativa del fonema, pero contra la opinión que sostiene que la palabra es la más pequeña unidad lingüística. Figurémonos que un francés que no conoce las expresiones argóticas oye de pronto por primera vez la palabra *mek* (*mec,*“tipo”). Se pregunta que puede significar esta palabra, pero admite que es una palabra francesa, porque todos sus fonemas así como las reglas de su agrupamiento existen en francés. El monosílabo *mec* comporta tres fonemas, y el francés posee un número de palabras que se distinguen de la palabra *mec* sólo por su primer fonema, *bec, sec, chèque*, o bien por el segundo fonema, *moque, macque, manque*, o en fin por su tercer fonema, *mer, messe, mèche*. El francés en cuestión no sabe lo que la palabra *mek* significa, pero sabe que esta palabra se distingue de las otras palabras mencionadas y que por consiguiente, según toda probabilidad, se supone tener otra significación que estas palabras. Pero admitamos que este francés oye de pronto entre palabras que le son familiares un monosílabo que difiere de *mec, mer*, etc., por su final una oclusiva sorda prepalatal o bien una constrictiva velar, como en el vocablo *mech* (“espuna”) del checo. ¿Cómo interpretará estas formas? O bien reconocerá el carácter extraño de la consonante final y tendrá estas palabras por palabras extranjeras, o bien no prestará atención al carácter particular de ese sonido y lo asociará por error a uno de los fonemas del francés – por ejemplo, la constrictiva velar a la oclusiva velar, o bien a la constrictiva chistante (chuintante) – e interpretará esa palabra como *mec* o como *mèche*. Vemos que, incluso cuando la palabra es desconocida, sus fonemas nos permiten asignarle un lugar virtual en nuestra lengua y reconocer la diferencia de las palabras, es decir la diferencia de sus significaciones.

Ahora, intentemos plantearnos una cuestión demasiado frecuentemente descuidada, la de la originalidad del fonema. ¿En qué el fonema se distingue de los otros valores lingüísticos? Y podemos constatar de nuevo que desde el primer abordaje que el fonema ocupa entre todos los valores lingüísticos y entre todos los valores del mundo de los signos en general un lugar completamente particular. Cada frase, cada proposición, cada grupo de palabras, cada palabra y cada morfema esta revestida por su propia significa-

---

[4] *Spoonerism*: Confusión entre palabras debido a un trastocamiento de letras. Ver Anexo I (NTR)

ción. Ciertamente, esta significación puede ser muy general, muy fragmentaria e implícita, es decir que puede exigir que el contexto o la situación la precise o la complete. Un berlinés dice con un tono breve *mit* (con) o *ohne* (sin), y en un café, este enunciado lacónico significa: "Deme café con crema" o bien "sin crema", pero si lo dice en una cervecería, esto quiere decir: "Deme un vaso de cerveza blanca con jugo de frambuesa o sin jugo de frambuesa". La significación general de las dos preposiciones —presencia o ausencia de un cierto suplemento— queda en ambos casos en vigor. En su libro, *Logical Syntax of Langage* (1937), Rudolf Carnap opera con una frase compuesta de palabras inventadas: *"Pirots karulize elatically"...* Nosotros ignoramos lo que son esos *pirots* enigmáticos pero sabemos que son varios, que esta pluralidad es indeterminada, que son activos, y que una cierta calificación indecisa de su actividad oscura está contenida en la frase de la que incluso vamos a derivar otras frases, tales como: *"A pirot karulizes or karulized before"*. Comprendemos la significación gramatical y de paso, la función sintáctica de las palabras sin sentido porque las desinencias de estas palabras nos son conocidas.

Intentemos analizar un caso opuesto. Las raíces de las palabras nos son familiares, mientras que los sufijos permanecen indescifrables. Citemos a título de ejemplo parejas de palabras rusas cuyas raíces estan tomadas del vocabulario occidental: *interes-y student-a*, "los intereses de un estudiante"; *interes-naja student-ka*, "una estudiante interesante"; *interes-ujtes' student-ami*, interesesé usted en los estudiantes". Aquellos que no comprenden el ruso reconocerán la identidad de las significaciones léxicas de los tres pares de palabras y reconocerán dos esferas de significaciones —la del interés y la de los estudiantes—, mientras que las diferentes significaciones gramaticales de estos tres grupos de palabras les permanecerán desconocidas. Pero, incluso si oímos en un texto de palabras corrientes una palabra que permanece para nosotros totalmente desconocida, no consideramos esta palabra *a priori* como desprovista de sentido. La palabra para nosotros es siempre cierta unidad semántica y en el caso presente, esta unidad semántica tiene una significación cero. En la novela *Hambre* de Knut Hamsun, el héroe inventa la palabra *"Kuboa"*. "Tengo derecho, dice él, de darle tal significación que juzgo serle apropiada: no se aun yo mismo lo que esta palabra significa." Dicho de otro modo, desde que cierto grupo de fonemas es concebido como palabra, él se busca una significación. En otros términos, es una unidad semántica en potencia: Significante: *Kuboa*; significado: unidad semántica de contenido desconocido. Igualmente, significante: *pirots*, significado: plural de un sustantivo de contenido semántico desconocido.

Dado que la palabra presenta una unidad semántica, cada medio fónico que sirve para señalar los límites de las palabras o el número de las palabras en un todo sintáctico marca *eo ipso* los límites o el número de las unidades semánticas. Un medio fónico delimitativo implica pues en sí mismo un valor semántico. Así, en alemán, la vocal inicial de una palabra es precedida por un golpe de glotis —*achtung*— y en otro lugar que en el comienzo de la palabra el golpe de glotis no tiene lugar. La presencia del golpe de glotis funciona pues en alemán como una señal del comienzo de la palabra. Ya hemos dicho que el acento checo golpea siempre la sílaba inicial de la palabra; señala por consiguiente el comienzo de la palabra, es decir el comienzo de una unidad semántica. Posee pues en sí mismo una significación positiva y constante. Significante: acento; significado: comienzo de una unidad semántica. La frase es una unidad de sentido superpuesta a la palabra. Y todo medio fónico que sirve para delimitarla, para subdividirla o para señalar la jerarquía de sus componentes es igualmente un signo autónomo. Así la cadencia, la entonación cadente al fin de la frase, señala el fin de la unidad de sentido presentada por la frase. En su función subordinativa, el acento señala directamente la importancia de la palabra acentuada en el enunciado. Podemos no comprender las palabras de una frase

pero sabemos que la cadencia anuncia su fin, sabemos que el número de los acentos iguala al número de los términos de la frase, sabemos que el acento más fuerte señala el término más importante, aquel cuya significación sirve de punto de partida de la frase.

Los elementos fónicos que caracterizan la frase la delimitan, la dividen y le dan un relieve, mientras que los elementos fónicos que caracterizan a la palabra en sí misma sirven únicamente para distinguir las significaciones de las palabras. Las afirmaciones de algunos lingüistas según los cuales la lengua posee además de los elementos que sirven para distinguir las significaciones de las palabras, elementos fónicos que sirven inmediatamente para distinguir las significaciones de las frases, son aserciones imprecisas que pueden provocar y han provocado malentendidos. Estos medios fónicos no nos dan ninguna información sobre el contenido cognitivo de la frase; no anuncian ninguna otra cosa que su función emotiva o conativa, —la afectividad o el llamado. No se podría concebir la frase interrogativa como una forma de información. La pregunta no es una información, es sólo un llamado a la información. La entonación de las frases interrogativas —completamente independientes de su contenido—, simboliza el hecho de la interrogación. Esta entonación puede incluso pasarse de las palabras y realizarse por medio de un murmullo inarticulado.

En los diálogos de las novelas o de los folletines, a veces encontramos esa especie de pregunta sin palabras hecha en lo escrito bajo la forma del signo mismo de interrogación (- ?). La entonación interrogativa o exclamativa y cualquier otro medio fónico del llamado y de la afectividad, en resumen todos los medios fónicos del lenguaje expresivo están en relación directa con el afecto o con la expresión del llamado. Por ejemplo: en ruso, la prolongación expresiva de la vocal acentuada (*mílyj* "querido") o pretónica (*spāsíbo* "muchas gracias"), o en francés el desplazamiento expresivo del acento (*fórmidable*) marca por sí solo la intensidad de la emoción. El significado inmediato de los medios fónicos en cuestión consiste en el hecho de la afectividad o del llamado.

Todos los hechos mencionados responden a la definición del signo debido a los escolásticos y adoptados por el teórico del lenguaje Karl Bühler en su amplio tratado *Sprachtheorie* (Iena, 1934): *aliquid stat pro aliquo*. La palabra, e incluso el morfema, tal como la raíz o el afijo toma el lugar de cierto contenido conceptual, es por decirlo así su representante. "Una palabra", dice Ferdinand de Saussure, "puede ser intercambiada con cualquier cosa desemejante: *una idea*. " Los medios fónicos que delimitan y dividen la frase pueden ser intercambiados con las divisiones de la cadena de los conceptos, los medios fónicos expresivos con la afectividad expresada. ¿Pero cuál es la contrapartida de un fonema?

Significante: propiedad fónica; ¿significado? El fonema (y sus componentes, a los cuales volveremos más tarde) difiere de todos los otros valores lingüísticos por el hecho de que no está revestido de ninguna significación particular. Un morfema o incluso una palabra puede componerse de un solo fonema; así, en francés, el fonema *a* nasal funciona como desinencia del participio presente (*cach-ant, all-ant*) o como sustantivo autónomo (*an*); pero el fonema *a* nasal en palabras como *entrer, vent, vente, sang, cancan* no tiene nada que ver con las significaciones mencionadas, mientras que la entonación interrogativa señala constantemente una pregunta, el prolongamiento de la vocal en ruso sirve sólo para marcar la afectividad y el golpe de glotis prevocálico en alemán no enuncia otra cosa que el comienzo de la palabra. El valor lingüístico del fonema *a* nasal en francés, y, en general, de todo fonema de una lengua cualquiera, *es sólo poder distinguir la palabra que contiene este fonema de cualquier palabra que, por otra parte todo lo demás igual, contiene otro fonema*. Asi, *sang* se distingue de *son, sein, ça, seau, sou, si, su, etc.; cachant* se distingue de *cachons, cacha, cacher, cachot, cachou, etc.;* la palabra *an* se distingue de *on, eau, où, eu, etc.* Si dos palabras se distinguen por varios fonemas

o por el orden de los fonemas, son estos pocos fonemas que se encargan del rol distintivo y que lo comparten entre ellos. Así, por una parte algunos infinitivos rusos distinguidos únicamente por su consonante inicial, por ejemplo *drat'* "descortezar", *brat'* "tomar", *vrat'* "mentir", *žrat'* "devorar", y por otra parte aquellos que le son opuestos por el orden de las dos primeras consonantes: *rvat'* "arrancar", *ržat'* "relinchar".

La fórmula de los escolásticos, *aliquid stat pro aliquo*, permanece vigente para cualquier signo y para cualquier elemento componente del signo. Hemos visto que todos los componentes gramaticales y léxicales de la lengua responden a esta fórmula, al igual que todos los medios fónicos que caracterizan la frase y todos los medios del lenguaje expresivo. Cada uno de los elementos en cuestión tiene en un sistema lingüístico dado su valor preciso y constante. A la forma fónica de cada uno de estos elementos corresponde un contenido particular. ¿Pero qué contenido corresponde a la forma fónica del fonema? La diferencia de significación, diferencia precisa y fija, corresponde a la diferencia de dos morfemas. La diferencia entre una pregunta y una respuesta corresponde a la diferencia entre dos entonaciones de la frase, ¿pero cuál es el valor correspondiente a la diferencia de dos fonemas? Lo que corresponde a la diferencia de dos fonemas, es únicamente el *hecho* de una diferencia de significaciones, mientras que el *contenido* de estas significaciones diferentes varía de una palabra a otra.

Es la filosofía de la edad media la que abordó el problema del signo, y en particular el problema del signo lingüístico y de sus elementos, con mayor finesa. Y es Tomás de Aquino quien netamente comprendió que, en nuestro caso, se trata de significantes convencionales (*significantia artificialiter*) que sirven *ad significandum* pero que, al mismo tiempo, tomados en sí mismos, no significan nada. Es justamente el hecho de que bajo esta relación la posición del fonema en el sistema lingüístico (y en el mundo de los signos en general) es completamente única y excepcional, es justamente este hecho el que es decisivo para el análisis del fonema.

Desdichadamente, en lugar de insistir sobre esta diferencia cardinal, en lugar de acentuarlo, los investigadores han buscado más bien debilitarlo, sino borrarlo. Así ciertos investigadores, en particular el lingüista húngaro Laziczius, han lanzado recientemente la idea de que no hay diferencia de principio sino solamente diferencias de grado, diferencias accesorias, entre los fonemas por una parte y los otros medios fónicos de la lengua, por ejemplo los elementos delimitativos y expresivos. Sin embargo como lo hemos hecho observar ya, esta diferencia es sorprendente y sustancial. En el contenido particular positivo, en el sentido inmediato de todos los otros elementos, los fonemas oponen un valor únicamente diferencial, por lo tanto un valor puramente negativo. Y, en tanto que no hemos reconocido el alcance de esta diferencia, el análisis del fonema ha quedado obstaculizado y no ha sido llevado hasta su término. Ferdinand de Saussure comprendió perfectamente el carácter puramente diferencial y negativo de los fonemas, pero en lugar de extraer de allí las consecuencias que se imponían para el análisis de los fonemas, generalizó apresuradamente su conclusión buscando aplicarla a todas las entidades lingüísticas. Llegó hasta afirmar que hay en la lengua sólo diferencias sin términos positivos. Desde el punto de vista saussuriano la categoría gramatical no es tampoco más que un valor negativo; la única cosa que importa, es la no coincidencia con las categorías opuestas. Ahora bien, en este caso Saussure cometió el grave error de confundir dos nociones diferentes. Las categorías gramaticales son entidades relativas, y sus significaciones son condicionadas por todo el sistema de las categorías de la lengua dada y por el juego de oposiciones en el seno de este sistema. Es por ejemplo evidente que la categoría gramatical del plural supone e implica la existencia de una categoría opuesta, la del singular. Pero lo que es decisivo para la categoría del plural, lo que le da su derecho de existencia en la lengua, es su propio valor positivo, es decir la designación de

una pluralidad. Saussure cita un ejemplo alemán: el singular *Nacht* "noche", y el plural *Nächte* "noches". Es verdad que los dos términos de esta pareja se suponen uno al otro, pero no se podría seguir a Saussure cuando nos dice: "Tomados aisladamente, *Nacht* y *Nächte* no son nada." Nosotros no podemos admitirlo, porque para todo sujeto hablante *Nächte* es una designación autónoma y directa de una pluralidad concreta. Pero, por otra parte, perfectamente tenemos derecho de decir que tomados aisladamente, el fonema *a* nasal no es nada, porque, su único valor, es su no-coincidencia con todos los otros fonemas del francés. Toda oposición de categorías gramaticales tiene necesariamente un contenido positivo, mientras que la oposición de dos fonemas no lo tiene jamás. Los fonemas, a partir del *Curso* de Saussure, son ante todo entidades opositivas, relativas y negativas. Ahora bien las categorías gramaticales son también entidades opositivas y relativas, pero ellas no son negativas. He aquí pues esta diferencia que se ha desconocido.

Caracterizando los fonemas como entidades diferenciales y negativas, Saussure es conducido a constatar un estado de cosas idéntico en este otro sistema de signos que es la escritura. El sostiene que "el valor de las letras es puramente negativo y diferencial"; así, una misma persona puede hacer el mismo grafema con diversas variantes y lo único esencial es que ese signo no se confunda "con los otros grafemas". Va de suyo que la existencia de un sistema de grafemas definido es la premisa necesaria para la adquisición de cada letra. Pero, lo que importa en primer lugar, es el valor particular, positivo de cada grafema. Ciertamente, la letra *beta* debe distinguirse de las letras *alfa, gamma, delta,* etc., pero la razón de ser del grafema griego *beta* consiste en designar el fonema *b*, y cualquier otro grafema cumple una tarea similar. La imagen gráfica funciona como significante y el fonema como su significado.

Es característico que sólo el fonema, pivote cardinal del sistema lingüístico, presente con relación a todas las otras partes que integran de ese sistema, un carácter completamente excepcional y es no menos característico que no se encuentre ninguna entidad análoga al fonema en los otros sistemas de signos; no hay desde este punto de vista ninguna entidad semejante ni en la lengua de los gestos, ni en la de las fórmulas científicas, ni en la simbólica del blasón, de las bellas artes o de los ritos. Karl Bühler intentó confrontar el fonema con otros signos tales como las estampillas postales y los sellos, pero la analogía es sólo superficial. Ciertamente, las estampillas y las marcas de fábrica son signos diferenciales pero contrariamente a los fonemas, cada uno de estos signos posee por añadidura y ante todo su propia significación, positiva, precisa y fija. Así las estampillas de 2 y 3 centavos americanos enuncian no solamente una diferencia de valor, sino también y ante todo por una parte el destino local de la carta dada (la de 2 centavos) y por otra el destino interurbano (la de 3 centavos). Sólo el fonema es un signo diferencial puro y vacío. El único contenido lingüístico o en términos más amplios el único contenido semiótico del fonema es su disimilitud con relación a todos los otros fonemas del sistema dado. Un fonema significa otra cosa que otro fonema en la misma posición; es su único valor. Un francés puede no conocer ni el argotismo *mek* (mec) ni la palabra especial *mok* (troncho, bloque de madera lenticular), pero oyendo estas palabras supone que significan dos cosas diferentes ya que se distinguen por uno de sus fonemas. Es a este valor de alteridad, según el término filosófico que se reduce para el fonema el *aliquo* de la forma citada.

Así, la lengua propiamente dicha se distingue de los otros sistemas de signos por el principio mismo de su constitución. La lengua es el único sistema compuesto de elementos que son al mismo tiempo significantes y vacíos de significación. El fonema es pues el elemento específico de la lengua. La terminología filosófica se inclina a concebir los diversos sistemas de signos como *lenguas* y la lengua propiamente dicha como *la*

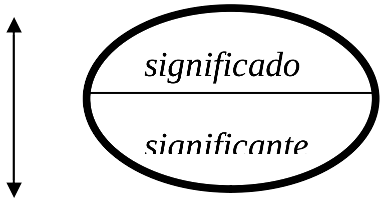
lengua de las palabras. Se podría quizás especificarla aun más nítidamente designándola como *la lengua de los fonemas.* Esta lengua de los fonemas, entre los diversos sistemas de signos es la más importante; para nosotros es la lengua por excelencia, la lengua propiamente dicha, la lengua a secas y podríamos preguntarnos si esta posición privilegiada de la lengua de los fonemas no se debe precisamente al carácter peculiar de los componentes, carácter antinómico de los elementos al mismo tiempo significativos y vacíos de toda significación.

LECCION IV

El funcionamiento del fonema en la lengua es un fenómeno que nos lleva a la siguiente conclusión: el fonema funciona, *ergo* existe. Se ha discutido por demás sobre el modo de esta existencia: esta cuestión, concerniente no sólo al fonema sino a todo valor lingüístico e incluso todo valor en general, está evidentemente fuera del alcance de la fonología e incluso de toda la lingüística, y sería más sensato abandonarlo a la filosofía, particularmente a la ontología, que especula sobre el ser. La tarea que se impone al lingüista, es el análisis profundizado del fonema, el estudio sistemático de su estructura. Hemos podido constatar que los fonemas, elementos fónicos que sirven para diferenciar las palabras, se distinguen de todos los otros medios fónicos de la lengua y de todos los valores lingüísticos en general por el hecho de que no tienen ninguna significación propia a la vez positiva y fija. De todos los sistemas de signos, es únicamente la lengua propiamente dicha, y en esta, es la palabra la que consiste en elementos a la vez significativos y vacíos de significación.

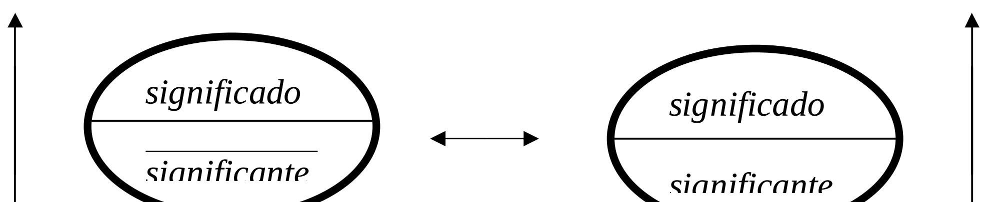
Según la observación penetrante de Ferdinand de Saussure en el capítulo de su *Curso* que trata sobre el "valor lingüístico", son necesarios dos factores para la existencia de cualquier valor lingüístico, dos relaciones —una heterogénea, la otra homogénea. Los valores lingüísticos "están siempre constituidos:

1º) por una cosa *desemejante* susceptible de ser *intercambiada* por aquella cuyo valor está a determinar":



(Por ejemplo, en latín, el concepto del acusativo *ami-um* se intercambia con la imagen auditiva de la desinencia *–um* y viceversa.)

"2º) por cosas *similares* que se pueden *comparar* con aquella cuyo valor está en cuestión (*cause*)":



Se comparan así dos valores que forman parte del mismo sistema – *amic-um* y *ami-ō*: sobre el plano del significante, es una diferencia de dos formas fónicas, en nuestro caso *–um* y *ō*, y, sobre el plano del significado, es la diferencia o, hablando con propiedad, es la oposición de dos significaciones gramaticales. Los fonemas, también ellos, son entidades de dos caras, pero su especificidad consiste en el hecho de que la distinción de dos fonemas comporta sólo una única diferencia concreta y fija. Esta diferencia interviene sobre el plano del significante, mientras que, sobre el plano del significado, está dada solo una simple posibilidad de distinguir las significaciones; se trata pues de una cantidad indeterminada de diferencias concretas.

Por consiguiente, la clasificación de los morfemas, es decir de las unidades gramaticales más pequeñas y gramaticalmente indivisibles, tales como raíces o simples afijos, así como la clasificación de todas las entidades lingüísticas revestidas de una significación propia a la vez positiva y determinada, difiere esencialmente de la clasificación de los fonemas. El sistema de las oposiciones morfológicas y gramaticales en general está fundado sobre el plano del significado. Así, son las oposiciones de las significaciones casuales las que subtienden y determinan el sistema de la declinación. Por ejemplo, en latín, hay una oposición neta entre la significación general del dativo y la del acusativo y una oposición completamente análoga entre la significación general del nominativo y del ablativo. Por otra parte, la significación del nominativo se opone lógicamente a la del acusativo y, del mismo modo, la significación del ablativo a la del dativo. En cuanto a la forma exterior de todas estas desinencias casuales, esta representada simplemente por porciones fónicas distintas entre los cuales no hay ninguna oposición lógica. La idea del objeto tocado indirectamente por la acción, llama necesariamente a la del objeto tocado directamente; en resumen, la significación del dativo implica la del acusativo, pero la forma fónica de la desinencia *–o* no implica en absoluto la de la desinencia *–um*. La indicación de que la acción toca al objeto es un carácter común al acusativo y al dativo; esta indicación encuentra su contrapartida necesaria en la ausencia de semejante indicación, ausencia que constituye un carácter común al nominativo y al ablativo. La significación del plural implica la coexistencia del singular, pero, por su forma, la desinencia del plural *– i* no impone a priori la desinencia correspondencia del singular *– us*.

Por el contrario, un par de fonemas no se refiere a ningún contenido positivo, y la oposición en este caso no surge sino del significante. Citemos por ejemplo los fonemas franceses: vocales o consonantes nasales (*/ã/ o /n/*) opuestas a las no nasales *(/a/* o */d/*), consonantes constrictivas (*/s/* o */f/*) opuestas a las oclusivas (*/t/* o */p/*) y vocales redondeadas (*/ü/* o */ö/*) opuestas a las no redondeadas (*/i/* o */e/*). Sobre el plano del significante son oposiciones

$$\frac{}{\tilde{a} - a} \qquad \frac{}{s - t} \qquad \frac{}{\ddot{u} - i} \qquad \text{etc.}$$

Pero todas estas diferentes oposiciones sólo tienen, sobre el plano del significado, una contrapartida, que sigue siendo siempre la misma: el hecho de distinguir las significaciones de las palabras;

$$\frac{x \neq a}{\tilde{a} - a} \qquad \frac{x \neq y}{s - t} \qquad \frac{x \neq y}{\ddot{u} - i}$$

Por consiguiente, lo que es *específico* para cada par de fonemas dados, es únicamente su oposición en el plano del significante. Estas oposiciones son las únicas para determinar el lugar de los diversos fonemas en el sistema fonológico de la lengua dada. Partiendo de ahí, la clasificación de los fonemas sólo puede fundarse sobre el plano del significante. Ahora bien, la experiencia nos enseña que todo significante que se refiera a un significado positivo, fijo y homogéneo, tiende a ligarse a él estrechamente, incluso indisolublemente, y, si esta relación constante existe, entonces el significante es particularmente fácil de reconocer.

Experiencias numerosas y variadas han probado que los perros son capaces de distinguir e identificar las señales auditivas más finas. Los biólogos de la escuela de Iván Pavlov probaron que si se le señala siempre al perro la llegada de su alimento mediante un mismo tono, ese perro se muestra capaz de reconocer la significación de ese tono y de distinguirlos de todos los otros tonos, e incluso de los tonos más próximos.

De creer en los investigadores italianos, incluso los peces poseerían una facultad análoga. Se cree que ciertas especies de peces tienen una justeza absoluta del oído y que están en estado de discernir con una precisión asombrosa las señales acústicas en cuanto a sus diferencias de significación. Dada una señal, los peces de un acuario reconocen que van a recibir su alimento; por otra ligeramente diferente se les anuncia una molestia; mientras que el resto de las señales no le prometen nada bueno o malo. Luego de un período de aprendizaje, los peces llegan a adaptarse a esta “lengua” de las señales. Ellos suben a la superficie en el primer caso, se ocultan en el segundo, y permanecen insensibles respecto de todas las otras señales. Reconocen las señales a partir de su significación y sólo gracias a su significación, gracias a una asociación mecánica y constante entre el significado y el significante.

La psicología experimental nos enseña que las impresiones auditivas más diversas, aun incluso aun cuando ellas fuesen difícilmente perceptibles y desordenadas, están perfectamente a nuestro alcance, y que estamos en condiciones de discernirlas y de identificarlas, con la condición de que para nosotros también estén estrecha e inmediatamente ligadas a significaciones determinadas y que por consiguiente funcionen como simples señales. Por el contrario, si las impresiones auditivas permanecen para nosotros como no susceptibles de ser descompuestas, desordenadas y desprovistas, al mismo tiempo, de significación inmediata, entonces estos estímulos resultan ser, apenas reconocibles, apenas discernibles, apenas capaces de gravarse en nuestra memoria.

Ahora bien, ya lo hemos notado, en sí mismos, los fonemas no tienen significación propia, y al mismo tiempo las diferencias auditivas entre los diversos fonemas de una lengua dada son frecuentemente tan diminutas y finas que a veces es difícil captarlos incluso con aparatos sensibles. Los especialistas modernos en el dominio de la acústica se preguntan con embarazo cómo sucede que la oreja humana distingue sin dificultad los tan numerosos y tan imperceptiblemente variados sonidos de la lengua. ¿Se trata aquí verdaderamente de una facultad puramente auditiva? ¡No, en absoluto! Lo que reconocemos en el discurso, no son diferencias entre los sonidos tal cual, sino diferencias en el uso que hace de eso la lengua, es decir diferencias que, sin tener su propia significación, se emplean para discernir una de otra las entidades de un nivel superior (morfemas, palabras). Las menores diferencias fónicas, en la medida en que juegan un papel distintivo en una lengua dada, son exactamente percibidas por todos los nativos sin excepción, mientras que un extranjero, ya sea un observador calificado o incluso un lingüista de oficio, tiene frecuentemente grandes dificultades para notarlas, visto que estas diferencias no tienen función distintiva en su lengua natal.

Se podría citar una multitud de ejemplos para ilustrar lo que acabamos de decir. Así la diferencia entre las consonantes palatales y no palatales posee en ruso un valor distinti-

vo. Ella sirve para diferenciar palabras. En ruso, *t* palatal (/*t'*/) y la *t* no palatal son dos fonemas distintos. Al igual /s'/ y /s/, /p'/ y /p/, y así sucesivamente. A la edad de tres años, un niño ruso capta perfectamente esta diferencia y la usa. Es tan evidente y neta para los rusos como lo es para los franceses la diferencia entre dos vocales de las que una es redondeada y la otra no redondeada, por ejemplo la diferencia de una *ö* y de una *e*. Pero la diferencia entre las consonantes palatales y no palatales, que es tan destacada y sorprendente para un ruso, es casi imperceptible, incluso inexistente para un checo, un sueco o un francés, como tuve frecuentemente la ocasión de notarlo. Pronuncié ante los estudiantes checos o suecos pares de palabras como *krov'* "sangre" y *krov* "abrigo". El primero termina con una *f* palatal y el segundo mediante una *f* sin palatalización. Yo digo *krof'* y no se sabe si se trata de la sangre o del abrigo. Un ruso dice *udar'* y *udar: udar'* con *r* palatal, imperativo del verbo "batir", y *udar* con una *r* no palatal, lo que quiere decir el "golpe". Un extranjero que no posee la oposición de los fonemas palatales y no palatales debe hacer un gran esfuerzo para percibir esta diferencia, que cada ruso oye sin trabajo. ¡Evidentemente, sería completamente erróneo concluir que los rusos tienen una oreja más fina! Sólo se trata de una diferente actitud respecto de estos sonidos, y esta actitud está determinada por el sistema de los fonemas, sistema fonológico de la lengua dada. La oposición entre las consonantes palatales y las consonantes no palatales puede diferenciar a las palabras rusas, es por ello que es percibida por los sujetos hablantes.

Ya Saussure subrayaba con razón, que lo que importa para los fonemas, no es en absoluto la individualidad fónica de cada uno de ellos, vista en sí misma y existente por sí misma. Lo que importa, es su oposición recíproca en el seno de un sistema fonológico. Todo fonema supone una red de oposiciones con los otros fonemas del mismo sistema. La tesis saussuriana precisa: "Los fonemas ante todo son entidades opósitas, relativas y negativas." Nosotros hemos reconocido la esencia de esta tesis capital. En el presente intentemos extraer sus consecuencias.

Ante todo, recordemos lo que la lógica nos informa sobre la naturaleza de toda oposición. Los términos opuestos, lo son en número de dos y están ligados de una manera particular uno al otro: si uno está presente, el espíritu de esto deduce al otro. En la dualidad de oposición, dado a uno de los términos, el otro, sin estar dado, es evocado por el pensamiento. A la idea de blanco no hay sino la de negro que le sea opuesta, a la idea de bello, la de feo, a la idea de grande la de pequeño, a la idea de cerrado, la de abierto, y así sucesivamente. Los opuestos están tan íntimamente ligados entre ellos que la presentación de uno llama necesariamente al otro.

Intentemos aplicar estas simples verdades lógicas a un par de fonemas. Analicemos por ejemplo la relación recíproca de dos fonemas vocálicos: *u* y *a*. No hay ninguna duda de que cada uno de estos dos fonemas puede ser pensado sin evocar al otro. No se puede pensar en la grandeza sin llamar a la idea de pequeñez. La idea de carestía se opone necesariamente a la de barato. Pero la noción de fonema *a* no deja prever de ninguna manera la del fonema *u*. No hay ligazón necesaria entre estas dos ideas. ¿Es necesario concluir de esto que es por simple error que la relación de los fonemas ha sido designada como oposición y que en verdad se trataría en este caso de simples diferencias, simples dualidades contingentes y no oposiciones verdaderas?

Antes de responder a esta pregunta, me permito pasar a otra. Hemos dicho que lo que importa en los fonemas, son las diferencias, las diferencias que sirven par distinguir a las palabras. Ahí está el único valor lingüístico de los fonemas. Precisamente, estas diferencias son el punto de partida de todo estudio de los fonemas. Las diferencias que tienen un valor distintivo son, lo hemos visto, más accesibles a la percepción y a la memoria que las diferencias desprovistas de todo valor, pero por otra parte las diferencias de

los fonemas, privadas de toda significación particular, fuerzan la percepción y la memoria y les imponen duras exigencias. Esperaríamos por consiguiente que el número de estos valores primordiales, valores inmotivados, sean relativamente restringidos en una lengua dada.

Para volver el problema más claro, intentemos transponerlo al dominio de los fenómenos visuales. Admitimos que queríamos aprender una escritura que permanece desconocida para nosotros, por ejemplo la escritura copta. Se trataría de una tarea extremadamente ardua si, para nosotros, se tratara de un simple amontonamiento de arabescos sin sentido. Sería por ejemplo terriblemente difícil reproducir de memoria un texto copto sin tener ninguna idea del valor de sus componentes, pero esta tarea sería fácil si cada una de las letras poseyera para nosotros un valor positivo, constante y preciso. Entre los dos puede existir un caso intermedio: el valor positivo de las letras permanece para nosotros desconocido. No conocemos el aspecto fónico de los términos del texto copto, pero se nos ha indicado la significación de cada palabra en este texto, se nos tradujo el texto palabra por palabra. Por consiguiente, las letras funcionan para nosotros como puros elementos distintivos, elementos que sirven par diferenciar las significaciones de las palabras, pero desprovistas al mismo tiempo de significación propia. Se trataría pues de un fenómeno que, bajo el ángulo funcional, correspondería a nuestros fonemas. La apropiación de la escritura es sin ninguna duda más fácilmente realizable en esta prueba que en el primero de nuestros casos imaginarios, caso donde las letras no tenían para nosotros ninguna relación con la significación y no eran pues a nuestros ojos más que simples trazos de pluma. Sin embargo, la adquisición de la escritura presenta también, en el caso intermedio, muy serias dificultades en comparación con el segundo caso, donde cada letra poseía para nosotros su propio valor positivo. Recuerdo el caso intermedio: la significación de las letras coptas permanece para nosotros desconocido, nos es conocida sólo la significación de cada palabra escrita en el texto copto.

Cuanto más la variedad de las letras se deja reducir a diferentes gráficas simples y ordenadas, más posibilidad tenemos de terminar en nuestros esfuerzos de aprender esta lengua bajo su forma gráfica. Pero como por regla general los sistemas de escritura son bastante complicados y no se dejan reducir a un número restringido de oposiciones visuales netas, nuestro fin deviene apenas accesible. Se podrían sugerir a un niño sordo y mudo las significaciones de las palabras escritas, como se hace comprender a los otros niños las significaciones de las palabras habladas. Pero los especialistas en la enseñanza de la lengua a los sordos mudos nos revelan el hecho instructivo de que la asimilación y la estabilización de la lectura y de la escritura no son posibles mientras que el conocimiento de la forma fónica del lenguaje permanezca deficiente. Y sin embargo la adquisición de los fonemas presenta un conjunto de problemas que es en el fondo completamente idéntico. Intentemos analizar un ejemplo. El sistema vocálico de la lengua turca comporta ocho fonemas:

o	a	ö	e
u	y	ü	i

Los ocho fonemas en cuestión forman entre ellos, según la fórmula matemática de las combinaciones, veintiocho distinciones, por lo tanto veintiocho relaciones binarias. Ferdinand de Saussure nos ha hecho ver que son únicamente las relaciones las que constituyen el fonema. Ahora bien, si conforme a esta tradición saussuriana consideramos para el turco las veintiocho diferencias mencionadas como valores primarios y el fonema en sí mismo como algo secundario y derivado, nos arriesgaríamos a culminar en una conclusión paradójica, a saber que el número de valores primarios es mucho más eleva-

do que el de los valores derivados: ¡Veintiocho por relación a ocho! Así, nos chocamos con una segunda contradicción aparente, - la primera, se las recuerdo, es que la "oposición" de los fonemas no responde al principio lógico de las oposiciones.

Para descartar de una sola vez las dos contradicciones, basta simplemente desdecirse de una presunción ya tradicional que amenazó inducir a error a todo el estudio fonológico. Se nos ha enseñado que las oposiciones de fonemas, y sobre todo del fonema como tal, no son susceptibles de descomposición. Según los jalones planteados por Baudouin de Courtenay y Saussure, el estudio fonológico comenzó por aceptar la definición siguiente: "El fonema es una unidad fonológica no susceptible de ser disociada en unidades fonológicas más pequeñas y más simples." Ahora bien, esta definición (que nuestro "proyecto de terminología fonológica estandarizada" sometió hace doce años a la primera reunión fonológica y que esta reunión internacional aprobó) se reveló inexacta. En el sistema fonológico del turco, las vocales o, a, ö, e se oponen a las vocales u, y, ü, i como fonemas abiertos a los fonemas cerrados; las vocales o, u, a se oponen ahí a las vocales ö, ü, e, i como fonemas posteriores a los fonemas anteriores, y las vocales o, u, ö, ü se oponen a las vocales a, y, e, i como fonemas redondeados a los fonema no redondeados. De tal modo, las pretendidas veintiocho oposiciones vocálicas del turco se dejan reducir de hecho a tres oposiciones fundamentales: 1) apertura y cierre, 2) caracteres posterior y anterior, 3) redondeo y no redondeo. Es por medio de estos tres pares de elementos diferenciales, esta vez verdaderamente no susceptibles de ser descompuestos, que se formaron los ocho fonemas vocálicos del turco. Así, por ejemplo, el fonema *i* del turco es una entidad compleja que comprende los tres elementos diferenciales siguientes: carácter cerrado, anterior, no redondeado.

Si acabamos de definir los elementos diferenciales en términos que surgen del acto fonatorio, por una parte es porque estos términos son más conocidos y por otra parte, que las definiciones acústicas correspondientes, aunque sean más oportunas para esbozar la característica de las cualidades en cuestión, exigirían algunas explicaciones preliminares, explicaciones que nos tomarían aquí demasiado tiempo. Nos limitamos pues a subrayar que cada elemento diferencial presenta un rasgo acústico neto y fácil de despejar, y que analizando el acto fonatorio precisamente bajo el ángulo de este efecto acústico, estamos siempre en condiciones de despejar, de la multitud de los movimientos fonatorios, un solo factor fundamental que sirve para obtener el efecto acústico en cuestión.

No solo la diferencia entre los fonemas vocálicos del turco, sino todas las diferencias de todos los fonemas de toda lengua dada se disocian integralmente en oposiciones binarias simples y no susceptibles de descomposición. Y, por consiguiente, todos los fonemas de toda lengua dada – tanto las vocales como las consonantes –, se disocian en *cualidades distintivas* no susceptibles de descomposición. Las contradicciones aparentes se encuentran superadas. Las oposiciones de las cualidades diferenciales son verdaderas oposiciones binarias, como nos lo presenta la lógica y es característico de cada una de estas oposiciones que uno de los términos implique *necesariamente* su opuesto. Así, a la idea de cierre no existe sino la de apertura que le sea opuesta; el carácter anterior y el carácter posterior se llaman uno al otro, etc.

Por el contrario, la relación de dos fonemas es compleja y susceptible de comportar varias oposiciones simples; así, en turco, la distinción de los fonemas *u* y *o* sólo comprende una única oposición, la del cierre y la apertura; la distinción de los fonemas *u* y *a* comporta además la oposición del redondeo y del no redondeo, y la distinción de los fonemas *u* y *e* agrega una tercera oposición a las precedentes, las del carácter posterior y anterior. En una lengua, el número de diferencias entre los fonemas es naturalmente más elevado que el número de fonemas, mientras que el número de cualidades distintivas es

considerablemente más restringido. Recordemos que los elementos diferenciales, al servir para distinguir las significaciones de las palabras, están desprovistos de toda significación propia y que es justamente el número restringido de esas entidades vacías, su corto número en cualquier lengua, lo que permite a todos los miembros de la comunidad lingüística, percibirlos, guardarlos en la memoria y hacer uso de ellos.

Los “elementos diferenciales” (en otros términos, “cualidades, propiedades distintivas” o “rasgos distintivos”) figuran en la lengua, unidos en haz. El fonema es un haz de elementos diferenciales. Pero los elementos diferenciales tienen por sí mismos su lugar en la disposición de la lengua, funcionan ahí de una manera autónoma. Encontramos por ejemplo en muchas lenguas diferentes formas de lo que se llama “armonía vocálica”. Todas las vocales de una palabra deben tener en tales lenguas una cualidad distintiva común. Así, en la mayoría de las lenguas turcas, las vocales anteriores y posteriores no pueden reunirse en el interior de una palabra: las vocales son todas anteriores, o todas posteriores; en turco, el sufijo de la plural toma la forma *–ler* luego de una raíz de vocal anterior, pero *–lar* si la vocal de la raíz es posterior: así, *ev-ler*, “casas” y *at-lar*, “caballos”. La oposición del carácter anterior y posterior funciona pues aquí de una manera autónoma. En ciertas lenguas turcas, hay además una armonía vocálica labial: en estas lenguas, las vocales redondeadas no pueden coexistir con las no redondeadas en el marco de la palabra. En fin, hay lenguas, por ejemplo las del grupo manchú, que no admiten vocales cerradas y abiertas en el interior de una misma palabra. Así el golde, sobre el río Amour, opone vocales cerradas u-y-i a las abiertas o-a-e: así, *ga* “comprar”, *bi* “existir”, y *ga-pogo* “para comprar”, *bi-pugu* “para existir”. En todos estos casos, uno de los elementos diferenciales asume una función autónoma, abstracción hecha de los diversos fonemas de los que este elemento forma parte.

En ruso, el repertorio de los fonemas vocálicos admitidos luego de las consonantes palatales difiere de los que es posible luego de las consonantes no palatales. La palatalización en sí participa pues en este caso de la disposición de la lengua.

El análisis del sistema fonológico debe necesariamente despejar en primer lugar las cualidades distintivas, porque son ellas las que se muestran estrictamente comparables. La cualidad distintiva presente en el sistema fonológico de una lengua dada es fundamentalmente similar a la misma cualidad que forma parte de otro sistema. Pero, comparando los fonemas de las diversas lenguas sin disociarlos en cualidades distintivas, nos arriesgamos a identificar entidades que solo son idénticas en apariencia. Así, en turco, en ruso, en el *American English*, en cherqués, en albanés, el fonema *i* tiene un contenido fonológicamente diferente:

- *turco: i* = caracter cerrado, anterior, no redondeado;
- *anglo-americano*: *i* = carácter cerrado, anterior – en la variante del *Standard American English*, descrito por Bloomfield, que remite la diferencia entre uno de los pares del sistema *front/back* a la oposición de una vocal anterior (/a/ en *alms*) y posterior (/â/ en *odd*) y reduce así el denominador común de las dos columnas vocálicas mutuamente opuestas a una sola dimensión;
- *ruso: i* = caracter cerrado, no redondeada. En la oposición de los fonemas /i/ y /u/, la única propiedad constante es el redondeo siempre presente en /u/ pero ausente en /i/. El carácter más o menos anterior o posterior depende sólo del contexto. Así, entre dos consonantes palatales, el fonema /u/ se aproxima a vocales anteriores y tiende a ser pronunciado en palabras tales como *l’ul’ka* “cuna” como *ü*, mientras que el fonema /i/ adquisición posterior luego de las consonantes no palatales.

En el caso en que dos sonidos diverjan considerablemente, como por ejemplo la *i* palatal y la *y* velar del ruso, los lingüistas discutieron la cuestión de saber si se puede interpretar estos dos sonidos rusos como variantes de un mismo fonema. Se preguntaban con

trabajo que cuál era el criterio que nos autorizaba a englobar dos o varios sonidos netamente desemejantes bajo un fonema único; se intentó entonces, sin éxito por otra parte, recurrir a un criterio que surge de la psicología: la conciencia de los sujetos hablantes. Pero, si concebimos el fonema como *un haz de elementos diferenciales,* resulta de eso, completamente, objetivamente y sin ningún equívoco, que la vocal palatal */i/* y la vocal velar */y/* representan en ruso el mismo fonema, ya que no están en relación de oposición distintiva y que poseen al mismo tiempo un conjunto de elementos comunes, un haz de elementos diferenciales que lo distingue de todos los otros fonemas de la lengua dada: *vocal cerrada, no redondeada.* Así, el fonema */i/* distingue *byk* "toro" de las palabras como *buk* "haya", *bak* "reservorio", y *bok* "costa" e igualmente distingue *lik* /l'ik/ "cara" de *ljuk* /l'uk/ "trampa", *ljag* /l'ak/ "acuéstate", *ljog* /l'ok/ "se acostó". Ya Baudouin de Courtenay había descubierto que *i* anterior e *y* posterior representan en ruso el mismo fonema, que nombró *i mutabile.* El término es inexacto, porque el fonema permanece intacto en todas sus representantes, el fonema no es nada más que un haz de elementos diferenciales constantes. El fonema no es ni idéntico al sonido, ni exterior al sonido, sino que está necesariamente presente en el sonido, permanece en él, inherente y superpuesto: es el invariante en las variaciones.

El fonema vocálico en cuestión consiste en una combinación de dos elementos diferenciales: cierre y no redondeo. Esta combinación está objetivamente presente en el sonido palatal *i* del ruso y en el sonido velar *y* de la misma lengua. Ahora bien, al mismo tiempo, esta combinación se superpone a estos dos sonidos, ya que él figura en cada uno de ellos; ella les es superpuesta en tanto que valor distintivo. Este valor forma parte del sistema fonológico ruso, en resumen, de la lengua rusa. Todo elemento constitutivo de la lengua, y en particular todo fonema y toda cualidad distintiva, es un valor social. El fonema mencionado pertenece al modelo (*pattern*), al conjunto de las normas llamado "lengua rusa", y este fonema se encuentra presente en cada acto de palabra, en cada *i* y en cada *y* emitida por los sujetos que hablan ruso. Para que estos sonidos cumplan su función, el conjunto de los dos elementos diferenciales –cierre y no redondeo, es decir precisamente el fonema en cuestión –, debe estar presente en cada *i* y en cada *y* emitido por los sujetos que hablan ruso.

Para volver el problema aun más claro, dejemos por un instante el terreno de los valores lingüísticos e intentemos abordar otro campo de valores. Supongamos tres francos, uno de papel y dos en piezas metálicas, uno usado y el otro brillante. Un niño separará la brillante de la usada, un numismático lo clasificará según el año de acuñación. Pero, para la comunidad, los tres francos conservan el mismo valor fiduciario, a menos de depreciación parcial.

Otro ejemplo, esta vez tomado de la musicología, nos enseña que los elementos que obligan al nativo a concebir dos ejecuciones de una melodía africana como dos repeticiones del mismo trozo pueden ser conseguidas por el observador europeo como dos composiciones diferentes y viceversa, que toda tentativa de este observador de reproducir la melodía en cuestión parece insólita al nativo. Esta divergencia de los juicios se funda sobre las disimilitudes entre los dos sistemas de valores musicales. Lo que es pertinente e invariable para uno de los interlocutores no representa para el otro más que una variación accidental y fútil. La descripción de un sistema de valores y la clasificación de sus elementos pueden ser hechos sólo bajo el ángulo del sistema en cuestión, es decir bajo el ángulo de las tareas que este sistema cumple. En lo que concierne al valor del dinero, no se puede dividir las monedas en brillantes y opacas y de la misma manera no se puede atribuir a los componentes de un sistema musical o a los fonemas de un sistema fonológico, cualidades que son propias de un sistema totalmente diferente. Nosotros examinaremos bajo este ángulo el consonantismo francés.

LECCION V

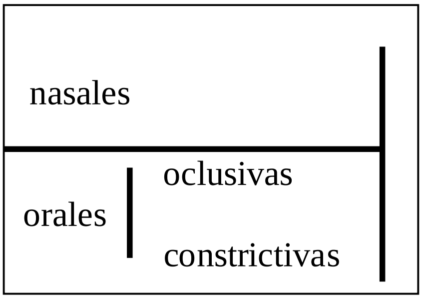
A fin de poder describir el sistema fonológico de una lengua dada, dicho de otro modo, el sistema de medios fónicos que sirven para distinguir las diferencias de significación de las palabras, debemos determinar y clasificar todos los elementos de este sistema. Para resolver este problema, es necesario, como lo hemos hecho notar precedentemente, concebir todos los elementos en cuestión bajo el ángulo de su función en la lengua dada. Toda tentativa de descripción puramente exterior de los elementos fónicos de una lengua, toda tentativa por clasificar estos elementos hecha abstracción de su función en el seno de la lengua dada, toda tentativa para describir y clasificar los sonidos de una lengua sin tener en cuenta su relación con la significación, está necesariamente condenada al fracaso. Los elementos de dos sistemas fonológicos dados, siendo en todo exteriormente similares, pueden cumplir en estos dos sistemas tareas completamente diferentes, y, según la desemejanza de sus funciones, su lugar en el sistema puede variar de una lengua a otra.

Intentemos abordar bajo este ángulo el sistema de las consonantes del francés moderno. Para ganar tiempo, dejaremos de lado los fonemas que ocupan un lugar intermediario entre el consonantismo y el vocalismo, es decir las líquidas. La fonética, dedicándose ante todo al punto de articulación de cada consonante, culmina poco más o menos en el siguiente cuadro:

	velares	*prepalatales*	*alveopalatales*	*alveolares*	*apicales*	*labiodentales*	*bilabiales*
nasales		*n* ◡			*n*		*m*
oclusivas	*k/g*				*t/d*		*p/b*
constrictivas			*š/ž*	*s/z*		*f/v*	

Estas consonantes pueden todas servir para distinguir las palabras de significaciones diferentes. Son pues fonemas distintos, y se trata de analizarlos, dicho de otro modo de

determinar las cualidades distintivas que componen cada uno de estos fonemas, las cualidades distintivas a las cuales se dejará reducir. Observamos ante todo una oposición fundamental entre las consonantes nasales por una parte y las consonantes llamadas orales (no nasales) de la otra. Las consonantes nasales sobreañade a su timbre bucal un timbre nasal, del cual están desprovistas las consonantes orales. Las consonantes orales se dividen a su vez en oclusivas y constrictivas, oponiéndose estas al cierre completo de las de cierre incompleto. Entonces abordando el funcionamiento fonológico de las consonantes del francés, descubrimos de entrada la clasificación dicotómica de los fonemas:



Por otra parte, todas las consonantes orales del sistema en cuestión, tanto las oclusivas como las constrictivas, comportan una oposición binaria: presencia y ausencia de la voz. A la *g* voceada se opone a una *k* soplada, a la *ž* una *š*, a la *d* una *t*, etc.

Si comparamos entre ellas las series de las nasales, de las oclusivas y de las constrictivas, observamos que en el interior de cada serie hay tres zonas de articulación, que asumen un papel distintivo. Sin embargo, ha sido imposible reducir estas tres series al mismo denominador porque se concebía cada punto de articulación en sí mismo, o porque se reunían varios puntos de articulación en clases superiores, sin apelar a los criterios que emanan del sistema en cuestión.

Así, se separaba las unas de las otras a las consonantes velares y prepalatales, aunque esta distinción intervenga sólo en las lenguas que poseen consonantes velares y prepalatales, cosas totalmente iguales por otra parte. Por ejemplo, el checo, el eslovaco y el húngaro poseen oclusivas que difieren unas de las otras únicamente por la oposición de las articulaciones velares y prepalatales: *k* por una parte, *t* (bajo la *t lleva*∨) por la otra. Muchas lenguas asiáticas y africanas distinguen una nasal velar y una nasal prepalatal, mientras que las lenguas europeas tienen todas a lo más una velar como el inglés o bien una prepalatal como el francés (cf. el inglés *sing /siŋ/* y el francés *signe /sin/* (la n con el signo ∪ debajo). En general, en francés, no hay consonantes que *ceteris paribus* se distingan una de la otra únicamente por oposición de las articulaciones velar y palatal. Por consiguiente, podemos, debemos incluso, reunir las velares y las prepalatales del francés en una categoría, la de los velopalatales, articuladas hacia el paladar, sea blando o duro.

Habitualmente, se reúnen en una clase, en la de las dentales o de las anterolinguales, no sólo las apicales y las silbantes, sino igualmente las chicheantes (*chuintantes*). Por ejemplo, en su manual, *Los sonidos del francés*, Paul Passy distingue las velares, las palatales, las linguales y las labiales. El autor reúne las linguales (de hecho, anterolinguales) cuya articulación interesa particularmente a la parte anterior de la lengua y, en su clasificación, no es el único en confundir el papel del órgano activo (lengua) y pasivo (paladar blando o duro). En su clase de las linguales, incluye no sólo *t, d, n, s* y *z*, sino también las chicheantes *š* y *ž*. Ahora bien, esta reunión habitual y siempre corriente de

las chicheantes y de las silbantes en una clase común hace resurgir la ausencia de abordaje funcional. Esta clasificación no quiere reconocerlo la oposición de las chicheantes y de las silbantes y elige por otra parte un criterio arbitrario, superficial e improductivo, separando las consonantes articuladas entre los alvéolos de los incisivos superiores por un lado y la cima de la bóveda del paladar del otro, es decir las consonantes chicheantes (alvéolopalatales), de las palatales propiamente dichas. Sin embargo las chicheantes forman parte de las palatales y de su clase superpuesta, las de las velopalatales.

Sí, en lugar de apegarnos ciegamente a los diferentes puntos de articulación, considerados en sí mismos, nos planteamos la cuestión de captar cuál es el efecto esencial correspondiente a esta diferencia, nos damos cuenta fácilmente de que, para las consonantes velopalatales, dicho de otro modo centrífugas, el punto de articulación se encuentra *detrás* del resonador bucal único o dominante, mientras que para el resto de las consonantes, es decir para las dentales y las labiales, o, globalmente, para las consonantes centrípetas, el punto de articulación se sitúa *delante* del resonador en cuestión. Conformemente a esta diferencia fundamental, las consonantes centrífugas presentan un sonido más pleno, en particular más perceptible, y las consonantes centrípetas un sonido menos pleno, menos perceptible. Las chicheantes difieren pues de las silbantes, al igual que todas las consonantes centrífugas difieren de las consonantes centrípetas correspondientes, precisamente por el punto de articulación ubicado detrás (y no delante) el resonador bucal dominante y por el sonido más pleno que resulta de esto. La constitución de la serie nasal y de las dos series orales resulta ser pues enteramente similar, y el principio dicotómico pasa consiguientemente por todo el consonantismo del francés.

	centrífugas	centrípetas	
		dentales	labiales
nasales	n ∪	n	m
orales oclusivas	k/g	t/d	p/b
orales constrictivas	š/ž	s/z	f/v

Las consonantes centrípetas se dividen en dentales y en labiales. El timbre agudo de las dentales se opone al timbre grave de las labiales. Al resonador bucal largo e indiviso, y a su orificio posterior reducido, se debe el timbre grave de las labiales, mientras que para las dentales la lengua divide la cavidad bucal en dos cortas cajas de resonancia, y la faringe, el orificio posterior de la cavidad bucal, se expande. Las dentales toman su cualidad aguda precisamente en este resonador compartimentado y provisto de un orificio extendido. Vemos que el sistema consonántico del francés resulta ser perfectamente coherente y simétrico en cuanto la clasificación de sus componentes recurre a los criterios intrínsecos.

Una secuencia de fonemas no es una simple suma mecánica, sino una estructura que presenta ciertos caracteres suplementarios. Así, por sí mismo el fonema *i* del ruso sólo implica dos elementos diferenciales: es un fonema cerrado y no redondeado, pero a estas cualidades distintivas, el agrupamiento de los fonemas viene a agregar caracteres específicamente combinatorios, a saber el carácter posterior [y] luego de una consonante no mojada y el carácter anterior [i] en cualquier otra combinación. En el seno del con-

sonantismo francés, ya lo hemos visto, las oclusivas sordas sólo están representadas en la serie velopalatal por un solo fonema. Es el fonema /*k*/ que, según lo que lo rodea, se apropia de diversos caracteres combinatorios, fundamentalmente un carácter más posterior ante las vocales posteriores y más anteriores ante las vocales anteriores, sobre todo ante una *i*. Basta comparar *cou* y *qui* para captar netamente esta diferencia.

Hay lenguas donde la diferencia entre estas variantes combinatorias es aun mucho más destacada. Así, en el indo-iranio, el fonema correspondiente figuraba ante una vocal posterior bajo la forma de la oclusiva velar [*k*] y ante una vocal anterior bajo la forma de una semi-oclusiva chicheante [č]. Como ni la oposición de las oclusivas y de las semi-oclusivas, ni la de las velares y de las chicheantes no poseen en la lengua en cuestión ningún valor distintivo, la latitud de las variantes combinatorias [k] y [č] no perturba en absoluto la unidad del fonema.

Todo lo que acabamos de decir sobre la combinación de los fonemas sucesivos podría igualmente aplicarse a la combinación simultánea de los elementos diferenciales en fonemas. El fonema no puede ser tampoco considerado como una simple suma mecánica de los elementos diferenciales que lo constituyen; él es también, una estructura que presenta ciertos caracteres combinatorios. Por ejemplo, en el seno del consonantismo francés, la cualidad velopalatal o, en otros términos, la cualidad centrífuga se apropia de diversos caracteres combinatorios según el haz del que este elemento diferencial forma parte. Así, encontrándose reunido con la cualidad oclusiva, se apropia de un carácter velar (k/g), mientras que en combinación con la cualidad constrictiva presenta un carácter chicheante (š/ž). Como en la lengua dada la oposición del carácter velar y chicheante está desprovisto de todo valor distintivo, la latitud de la variación no perturba en absoluto la unidad de la cualidad distintiva.

En suma, cinco oposiciones de cualidades distintivas están en juego en el interior del sistema consonántico francés: 1 – Presencia o falta de nasalidad; 2 – cierre completo o incompleto acompañado de un frotamiento de aire más débil o más fuerte; 3 – articulación tensa o relajada con ausencia o presencia de voz; 4 – carácter centrífugo o centrípeto; 5 – resonador bucal indiviso o compartimentado. Estas cinco posiciones bastan para constituir las quince consonantes que acabamos de examinar; estas cinco cualidades opositas bastan para poner a trabajar todo el consonantismo del francés, todo un sistema consonántico que en la lengua francesa tiene un rendimiento funcional considerable; en resumen, en francés, el sistema de las oposiciones consonánticas es utilizado en una muy amplia medida para diferenciar las palabras, y todo este sistema no está fundado sino sobre cinco cualidades opositas. Al iniciar nuestro curso, hemos hecho notar que se trataba de despejar el elemento fónico más mínimo, el más restringido cargado de una función significante. Este elemento es precisamente la *cualidad distintiva*, cualidad que se despeja disociando — o, para recurrir a una metáfora—, rompiendo el fonema en sus *cuanta*. Es a los elementos diferenciales que se aplica totalmente la fórmula que Saussure intentó aplicar a los fonemas. Los elementos diferenciales son neta y únicamente “entidades opositas, relativas y negativas”.

En el presente, se trata de precisar la relación entre las cualidades distintivas y el fonema, y esbozar el modelo de éste. Comencemos por plantearnos la siguiente pregunta: ¿cómo sucede que se haya poco más o menos desconocido las cualidades distintivas y sus oposiciones y que se haya persistido en considerar el fonema como la unidad fonológica indivisible a la vez más pequeña y más simple? Dos razones parecen haber sido decisivas.

Primero, el estudio fonológico, en particular el análisis de los fonemas, sólo se emancipó poco a poco del poder ilimitado del empirismo. Durante mucho tiempo, la imagen únicamente material del *sonido* tendía a sustituirse a la función funcional del fonema.

Estábamos demasiado acostumbrados a la enumeración mecanicista de la fonación para poder de entrada sacar a la luz lo que es *pertinente* para tal o cual fonema. Ciertas oposiciones binarias eran muy evidentes, pero otras permanecían aun disimuladas. En particular, las consonantes diferenciadas a partir del lugar de su articulación escaparon mucho tiempo la clasificación dicotómica.

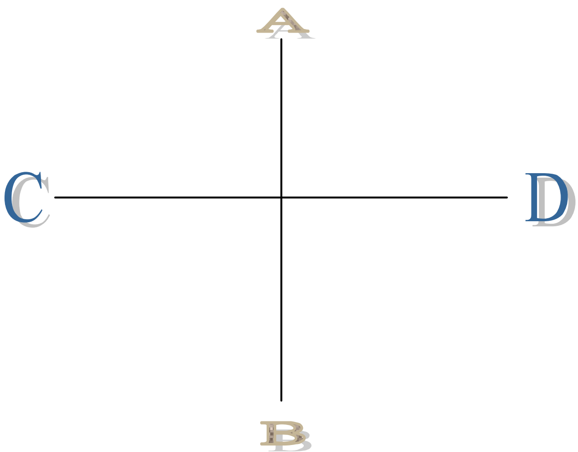
Otro obstáculo, no menos grave, trabó la disociación del fonema. Se trata de una ley concebida por Saussure como uno de los dos principios fundamentales del signo lingüístico. Ese principio proclama el carácter lineal del significante; el carácter fue atribuido a la forma exterior de todo signo lingüístico. He aquí a la fórmula del *Curso*: "el significante, siendo de naturaleza auditiva, se desarrolla solo en el tiempo y tiene los caracteres que toma del tiempo: *a)* representa una extensión, y *b)* esta extensión es mensurable en una sola dimensión: es una línea". Es sorprendente que este principio haya enraizado en el seno de esta misma escuela ginebrina que logró poner de relieve el carácter no lineal de la otra cara de los signos lingüísticos, la no-linealidad o "distaxia", del significado. Así Charles Bally, el fiel alumno de Saussure, resueltamente condenó la creencia simplista según la cual el discurso sería normalmente lineal y que las líneas se suceden por simple yuxtaposición. El demostró en su libro titulado *Lingüística general y lingüística francesa* (Berna, 1932) que un signo puede acumular sobre el mismo punto, simultáneamente, significados diferentes. Bally sostiene que "hay un *cúmulo de significados* cuando un significante único y no descomponible encierra varios valores" netamente analizables en virtud de una serie de oposiciones. Así, la desinencia -ō del verbo latino *am-ō* comporta la idea de la primera persona por oposición a la desinencia de *am-ās*, la idea del singular por oposición a la desinencia de *amāmus*, la idea del presente por oposición a la desinencia de *amābam*, y así sucesivamente.

Ahora bien, en lo que concierne al aspecto fónico del valor lingüístico, es decir en el dominio del significante, hemos mostrado con un procedimiento similar un fenómeno completamente análogo que se podría llamar *cúmulo de significantes*. Así, el fonema /b/ del francés comparta una articulación relajada (con la voz presente) por oposición al fonema /p/, la oclusión (con una debilidad de frotamiento) por oposición a /v/, la ausencia de resonancia nasal por oposición a /m/, el timbre grave (debido al resonador indiviso) por oposición a /d/, y así sucesivamente. Bally mismo fue teóricamente llevado a buscar en el sistema fonológico un fenómeno correspondiente al cúmulo de los significados, pero un obstáculo especioso lo detuvo a mitad de camino. El *Curso* de Saussure (p. 171 de la 2º edición) enseña que "el carácter lineal de la lengua excluye la posibilidad de pronunciar dos elementos a la vez" y, fiel a los preceptos de su maestro, Bally termina por constatar que ¡es imposible pronunciar dos sonidos a la vez! Este razonamiento es un círculo vicioso, ya que por sonido del lenguaje se comprende justamente *todo* el conjunto de los movimientos articulatorios que se producen o más bien que se creen producir simultáneamente. Dicho de otro modo, se define el sonido por la imposibilidad de pronunciar dos unidades de este género a la vez. No se puede emitir dos fonemas a la vez. Pero se puede perfectamente emitir a la vez varias cualidades distintivas. No sólo se lo puede, sino que es lo que se hace normalmente, *siendo los fonemas unidades complejas.*

Ya Saussure, proponiéndose determinar, según su expresión, "los elementos diferenciales de los fonemas" (*Curso*, p. 68), rozó el problema de las cualidades distintivas, pero no pudo resolver ante todo en razón de su propia tesis sobre el "carácter lineal del significante". La unidad del acto fonatorio, según Saussure, excluye la posibilidad de acumular "sobre el mismo punto elementos significativos diferentes" (*Curso*, p.103). Pero, de entrada, la unidad de un acto fonatorio no excluye en absoluto su complejidad. Bajo esta relación, se podría comparar con un acorde musical, unidad y haz al mismo

tiempo. Baudouin de Courtenay ya se había dado cuenta de tal analogía. Saussure mismo notó con otro propósito que cada fonema pone varios "factores en juego", de los cuales cada uno está dotado de un "valor diferenciador" (p. 69). ¿Y, ante todo, cómo Saussure determina la unidad del acto fonatorio? La cadena fónica, enseña, se recorta en rebanadas caracterizadas por la unidad de impresión acústica, y el acto fonatorio que corresponde a esta unidad es por el hecho de esta correspondencia es igualmente concebido como una unidad.

Saussure apela numerosas veces a la lingüística, así como a todas las ciencias que trabajan sobre valores, a marcar escrupulosamente los ejes sobre los cuales están situadas las cosas de las que uno se ocupa. El distingue rigurosamente dos ejes: "1) *el eje de las simultaneidades* (AB) concernientes a las relaciones entre cosas coexistentes, de donde toda intervención del tiempo está excluida, y 2) *el eje de las sucesiones* (CD)."



¿Sobre qué eje establece Saussure la unidad e irreductibilidad del acto fonatorio? El opera, lo hemos visto, sobre el eje de las sucesiones. "Es en la cadena de la palabra oída", dice él, "que se percibe inmediatamente si un sonido sigue siendo semejante o no a sí mismo; mientras que se tiene la impresión de algo homogéneo, este sonido es único." El tiempo articulatorio que corresponde a este tiempo acústico homogéneo es considerado como unidad. Gracias al carácter homogéneo del tiempo acústico, el tiempo articulatorio que le corresponde es evaluado igualmente como unidad. Es la unidad del acto fonatorio. Se trata pues de una unidad en el tiempo, de una homogeneidad en el tiempo, de una irreductibilidad en el tiempo. Estos hechos se alinean sobre el eje de las sucesiones, y no resulta de esto nada para la unidad, la homogeneidad y la irreductibilidad del acto fonatorio y del fonema sobre el eje de las simultaneidades. Por consiguiente, los hechos citados por Saussure no pueden en ningún caso sostener el carácter lineal del significante y refutar el cúmulo de las cualidades distintivas.

La concepción saussuriana de un significante lineal, concepción tácitamente admitida y aplicada en la mayoría de los trabajos lingüísticos, es tanto más extraño cuanto que Saussure reconoce expresamente el funcionamiento perpetuo de los dos ejes, de dos órdenes de coordinación en la lengua. Es el juego de este doble sistema, nos dice, es este conjunto de relaciones usuales que constituye la lengua y que preside su funcionamiento. Ya se trata de palabras en el interior de una unidad sintáctica, de morfemas en el interior de una palabra, o de fonemas en el interior de un morfema, se alinean todos

unos a continuación de otros, es decir sobre el eje de las sucesiones. Por otra parte, en la lengua, cada una de las unidades mencionadas forman necesariamente parte de un sistema de valores similares y oponibles. Estas series de valores solidarios se alinean sobre el eje de las simultaneidades. Así, sobre el eje de las sucesiones, *amō* se encuentra ligado a *patriam*, o más exactamente el verbo transitivo se combina con el acusativo del nombre; y, sobre el eje de las simultaneidades, *amō* se liga por una parte a *amās, amāmus, amābam,* etc., por otra parte a *ōdi, invideō*, etc. Sobre el eje de las sucesiones, el fonema */u/* en el interior de la palabra *sourd* está ligada con el fonema */s/* que precede y con el fonema */r/* que sigue, y, sobre el eje de las simultaneidades, la vocal *u* en cuestión resulta estar en relación con cualquier otro fonema que pudiera ocupar el mismo lugar, por ejemplo con */ i/* (*sire)* o */ ü/ (sûr)* u */o/* (*sort*) o */ö/* (*sœur*).

Esforzándose en salvaguardar el principio del significante lineal, Saussure hace observar que sobre el eje de las sucesiones la relación es *in praesentia*: "reposa sobre dos o varios términos igualmente presentes en una serie efectiva", mientras que el eje de las simultaneidades "une términos *in absentia* en una serie mnemónica virtual" (p. 171). Pero es justamente esta serie virtual, este sistema latente, que provee las oposiciones necesarias para constitución del signo. Tomemos de nuevo el verbo *amo*. Ciertamente, las *formas* que le son opuestas no forman parte de este signo, ellas están *in absentia*, pero las *cualidades opositas*, son inherentes al signo en cuestión, están *in praesentia*, y son ellas las que constituyen el signo. Se trata en el caso presente de las significaciones de la primera persona del singular, del presente, etc. Si tomamos el componente vocálico de la palabra *sourd*, el fonema */u/*, de nuevo constatamos que los otros fonemas vocálicos están ausentes de la serie efectiva, pero es gracias a su presencia en la lengua, gracias a la posibilidad de sustituirlos al fonema dado, lo que este último contiene las cualidades opositas que lo constituyen. Es *in praesentia* que cada fonema comporta un haz de caracteres distintivos.

Esto equivale a decir que los significantes disponen efectivamente de los dos ejes, y que sus componentes forman una cadena no sólo sobre el eje de las sucesiones sino igualmente sobre el eje de las simultaneidades. Como lo nota Saussure, este encadenamiento sobre el eje de las sucesiones aparece desde que se representa los elementos consecutivos por la escritura y que se sustituye la línea espacial de los signos gráficos en la sucesión en el tiempo. En nuestra escritura, es la línea horizontal. Pero la escritura puede volver igualmente el eje de las simultaneidades sustituyendo la línea vertical de los signos diacríticos en el cúmulo de las cualidades distintivas. Citemos los signos diacríticos inscriptos por encima y por debajo de las letras. En la trascripción fonológica, se puede notar cada cualidad distintiva mediante *un* signo y representar todo cúmulo de cualidades, es decir todo fonema, a lo largo de una línea vertical, imitando, *mutatis mutamdis*, la notación de los acordes musicales.

Sobre el eje de las simultaneidades el fonema, en tanto que cúmulo de las cualidades distintivas, presenta por así decir una "extensión". ¿Pero cómo se comporta el fonema sobre el eje de las sucesiones? Para Saussure, todo grupo de fonemas es lineal y todo fonema, tomado aparte, es puntual. De creer en el *Curso*, página 66, es un "fragmento irreductible" que "puede ser considerado *in abstracto*, fuera del tiempo". En desacuerdo con esta doctrina, el fonema presenta, no sólo sobre el eje de las simultaneidades sino también sobre el eje de las sucesiones, una extensión y no un punto. ¡Intentemos demostrarlo! Saussure reconoce que los fonemas pueden tener una duración desigual, pero es la homogeneidad cualitativa y no la igualdad cuantitativa la que le parece determinar la unidad del fonema. "Lo que importa", dice, (no es (...) su *duración* en corcheas o semicorcheas (...) sino la cualidad de la impresión".

Hay lenguas que hacen distinciones entre las vocales breves y las vocales largas (- = ∪ ∪). Si una vocal larga resulta ser homogénea en sus dos partes, la situación es clara. En este caso, la unidad del fonema es evidente. Pero tomemos por ejemplo las vocales largas del griego antiguo. Ellas poseían dos entonaciones distintas, una llamada aguda, la otra llamada circunfleja. En *un* caso, la segunda mora de la vocal era más alta que la primera, en el otro caso era por el contrario la primera mora la que portaba un tono más alto. En estos dos casos, la primera mora, la primera mitad de la vocal larga, difiere pues de la segunda. Y sin embargo la indicación de Saussure sobre el papel decisivo de la unidad cualitativa del fonema sigue siendo válida también para estos casos. La vocal con dos moras del griego antiguo, sea bajo la entonación aguda, ya sea bajo la entonación circunfleja, no representa sino un fonema único. Las cualidades inherentes de cada una de las dos moras son idénticas y, para lo que concierne a la diferencia entre su altura relativa, no se trata de una cualidad fuera del tiempo sino de una subida o bien un descenso, es decir una relación en el eje del tiempo, sobre el eje de las sucesiones. Mediante una comparación de las moras consecutivas se obtiene el valor de una mora elevada o de una mora baja.

Todas las propiedades llamadas *prosódicas* se distinguen de las cualidades distintivas inherentes a los fonemas precisamente por el hecho de que operan sobre el eje de las sucesiones. Son siempre relaciones fundadas sobre la línea del tiempo, sobre el encadenamiento de las unidades sucesivas. Así, el acento es una propiedad que supone en la secuencia efectiva la oposición de las unidades provistas de acentos, a las que están desprovistas de él. Un monosílabo aislado no puede ser ni acentuado ni no acentuado. Otro ejemplo: la lengua opone un fonema silábico, es decir que forma sílaba, que funciona como vértice de sílaba, a un fonema desprovisto de esta función; y bien, esta oposición de los fonemas silábicos y no silábicos opera sobre el eje de las sucesiones; exige una serie efectiva de los fonemas; sólo es una relación entre los fonemas consecutivos de tal serie. Esta oposición falta a los fonemas tomados aparte. Está inmediatamente claro que la oposición cuantitativa – oposición de la longitud a la brevedad, oposición de dos moras, oposición de la lineal a la puntual – encuentra su soporte necesario sobre el eje de las sucesiones. En resumen, son las propiedades prosódicas las que ligan el fonema a este eje. Sería pues falso concebir el fonema como una unidad necesariamente irreductible sobre el eje de las sucesiones. Así, las vocales de dos moras refutan netamente la suposición de que el fonema no es nunca susceptible de ser disociado, sobre este eje, en unidades fonológicas más pequeñas.

Si concebimos dos moras como *un* fonema único, esto se sostiene en el hecho de que una identidad le corresponde sobre el eje de las simultaneidades:

cerrado	cerrado
anterior	anterior
no redondeado	no redondeado

ĭ + ĭ = ī

Si concebimos varias cualidades distintivas como *un* fonema único, esto sostenido en el hecho de que a una unidad le corresponde sobre el eje de las sucesivas.

Una mora es irreductible, puntual, sobre el eje de las sucesivas, y una cualidad distintiva es irreductible, puntual, sobre el eje de las simultáneidades. Dicho de otro modo, la "mora" es una unidad que no puede estar disociada en unidades más pequeñas sobre el eje de las *sucesivas*; mientras que la "cualidad distintiva" es una unidad que no puede ser disociada en unidades más restringidas sobre el eje de las simultáneas. En cuanto al fonema, es una unidad de dos dimensiones que no puede ser disociada en unidades bi-

dimensionales más pequeñas; dispone de los dos ejes, y es pues la más pequeña unidad fonológica de dos ejes.

La opinión de que en sí el fonema, y con mayor generalidad el signo lingüístico y la lengua entera, están por fuera del tiempo están justificada sin embargo en la medida en que se trata del *tiempo físico mensurable.* Por el contrario, el tiempo en tanto que relación cumple un papel esencial en el sistema de los valores lingüísticos, a partir del conjunto de la lengua hasta al simple fonema. Declarando que la ciencia de la lengua trabaja sobre valores, la doctrina saussuriana no tomó en consideración el hecho de que, en un sistema de valores, el factor tiempo también deviene un valor. Y particularmente el tiempo considerado en función de la lengua resulta ser un valor constitutivo de este último, en resumen un valor lingüístico. Acabamos de establecer el modelo del fonema. Es a la luz de este modelo que hemos podido revisar el principio del significante lineal.

Es a la luz del mismo modelo que se podría también someter a una revisión el principio de lo arbitrario del signo. Al lado del carácter lineal, es uno de los dos principios generales atribuidos por Saussure a todo signo lingüístico. ¿Hasta qué punto la elección de los fonemas en acción en una lengua dada puede ser vista como arbitraria? ¿Cuáles son las leyes internas que rigen las relaciones entre las cualidades distintivas en juego, por ejemplo entre las cinco cualidades opositas que cumple el consonantismo del francés? Uno se encuentra así, ante las cuestiones primordiales y últimas del arreglo de los sistemas fonológicos.

LECCION VI

Al emprender nuestra última conversación sobre los sonidos y el sentido, me permitiré elaborar rápidamente el balance de nuestras lecciones precedentes. Los sonidos del lenguaje no pueden ser comprendidos, delimitados, clasificados, explicados más que bajo el ángulo de las tareas que cumplen en la lengua. La descripción motriz, acústica y auditiva de la materia fónica debe estar subordinada a su análisis estructural. Dicho de otro modo, la *fonética*, disciplina auxiliar, debe ser puesta al servicio de la *fonología*, que es una parte integrante de la lingüística. La fonología, que en sus comienzos surgía demasiado de un empirismo mecánico y rastrero, heredado de la fonética en desuso, busca cada vez más emanciparse. Se trata de examinar los sonidos del lenguaje con relación al sentido del que están revestidos, en resumen los sonidos en tanto que significantes, y elucidar ante todo la estructura de la relación entre los sonidos y el sentido. Analizando el aspecto fónico de la palabra, lo disolvemos en una serie de unidades distintivas, o fonemas. El fonema, siendo un elemento al servicio de la significación, está en sí mismo desprovisto de significación propia. Lo que lo distingue de todos los otros valores lingüísticos y semióticos en general, es que sólo tiene una carga negativa.

El fonema se descompone en propiedades distintivas. Es un haz de estas propiedades; por lo tanto, a despecho de las concepciones anticuadas pero siempre corrientes, el fonema es una entidad compleja: no es el fonema, sino cada una de sus propiedades distintivas lo que es una entidad irreductible y puramente oposita. Todo signo lingüístico se encuentra situado sobre dos ejes: el eje de las simultaneidades y el de las sucesiones. El fonema es la unidad lingüística menor, de dos ejes. Las propiedades distintivas se dividen en una clase de propiedades inherentes, que disponen del eje de las simultaneidades y una clase de propiedades prosódicas que interesan sólo al otro eje, el de las sucesiones.

Ferdinand de Saussure atribuye al signo lingüístico dos caracteres primordiales que enuncia bajo forma de dos principios fundamentales. El análisis del fonema, y particularmente del cúmulo de las cualidades distintivas en el interior del fonema, nos hizo renunciar a uno de estos dos principios, el que concierne "el carácter lineal del significante". El análisis del sistema de los fonemas nos permite revisar también el otro principio, "lo arbitrario del signo". Es el pionero de la lingüística general en América, William Dwight Whitney, que en su manual *The life and Growth of Language*, publicado en 1875, ha, según Saussure, "ubicado la lingüística sobre su eje verdadero" a fuerza de insistir sobre el carácter arbitrario de los signos verbales.
Es sobre todo en el curso de los últimos años que este principio suscitó oposiciones. Saussure enseña (p.100) que el significado de una palabra no está ligado por ninguna relación interior a la serie de los fonemas que le sirven de significante; "podría también ser representado por cualquier otro: como prueba, las diferencias entre las lenguas y la existencia misma de lenguas diferentes: el significado "*bœf*" (buey) tiene por significante *b-ö-f* por un lado de la frontera, y *o-k-s (Ochs)* por el otro." Ahora bien, esta teoría que remonta a la teoría de Whitney resulta estar en contradicción flagrante con las ideas más preciosas y más productivas de la lingüística saussuriana. La teoría citada quiere hacernos creer que las diferentes lenguas presentan significantes variados correspondientes a un significado común e invariable, pero es precisamente Saussure quien, en su *Curso*, sostuvo, con todo derecho, que el sentido de las palabras a su vez varía de una lengua a la otra. Los límites de las palabras *bœf* y *Ochs* no se cubren y Saussure mismo cita "la diferencia de valor" entre el francés *mouton* y el inglés *sheep* (p.160). No hay sentido en sí mismo y por sí mismo, el sentido siempre forma parte de algo que nos sirve de signo; por ejemplo, interpretamos el sentido de un signo lingüístico, el sentido de una palabra. En la lengua, no hay ni significado sin significante ni significante sin significado.
El más profundo de los lingüistas franceses modernos, Émile Benveniste, en su estudio titulado "Naturaleza del signo lingüístico" aparecido en el primer volumen de los *Acta linguística* (1939), objeta a Saussure que, "entre el significante y el significado, el lazo no es arbitrario; por el contrario, es *necesario*". Desde el punto de vista de la lengua francesa, el significado "*bœf*" es forzosamente idéntico al significante, al conjunto fónico *b-ö-f*. "Ambos juntos han sido impresos en mi espíritu", insiste Benveniste, "juntos se evocan en toda circunstancia. Hay entre ellos simbiosis tan estrecha que el concepto "bœf" es como el alma de la imagen acústica *b-ö-f*".
Saussure apela a la diferencia entre las lenguas, pero en verdad no se puede resolver la cuestión de la ligazón arbitraria o del lazo necesario entre el significante y el significado sino ubicándose en un estado dado de una lengua dada. Recordemos el precepto sagaz de Saussure mismo: "Sería absurdo dibujar un panorama de los Alpes tomándolos simultáneamente desde varias cumbres del Jura; un panorama debe ser tomado desde un solo punto". Y desde el punto de vista de su lengua natal, la paisana francesa de Suiza tuvo razón en sorprenderse: ¿cómo se puede llamar al queso *Käse*, siendo *fromage* su único nombre natural?
Contrariamente a la tesis de Saussure, el lazo entre el significante y el significado, dicho de otro modo entre la serie de los fonemas y el sentido, es necesario; pero la única ligazón necesaria entre los dos aspectos, es la asociación que reposa sobre la contigüidad, por lo tanto sobre una relación externa, mientras que la relación que reposa sobre la semejanza (sobre una relación interna) es sólo facultativa. Ella se manifiesta sólo en los márgenes del léxico conceptual, en las palabras onomatopéyicas y expresivas como *coucou, zigzag, craquer,* etc. Pero la cuestión de la relación interna entre los sonidos y el sentido de la palabra no se cierra ahí. El tiempo nos permite sólo deshojar esta cues-

ción delicada y complicada. Hemos dicho que, cumpliendo una función significativa, las propiedades distintivas están en sí mismas vacías de significación. Ni una cualidad distintiva tomada en sí misma ni un haz de cualidades distintivas, en resumen un fonema tomado en sí mismo, significa nada. Ni la nasalidad tal cual ni el fonema nasal /n/ tiene significación propia.

Ahora bien éste vacío busca ser llenado. La intimidad del lazo entre los sonidos y el sentido de la palabra da ganas a los sujetos hablantes de completar la relación externa mediante una relación interna, la contigüidad por una semejanza, por el rudimento de un carácter imaginado. En virtud de las leyes neuropsicológicas de la sinestesia, las oposiciones fónicas también evocan relaciones con sensaciones musicales, cromáticas, olfativas, táctiles, etc. Por ejemplo, la oposición de los fonemas agudos y graves es capaz de sugerir la imagen de lo claro y de lo oscuro, de lo puntiagudo y de lo redondo, de lo fino y de lo grueso, de lo ligero y de lo masivo, etc. Este "simbolismo fonético", como lo nombra su explorador Sapir, este valor de las cualidades distintivas intrínsecas, aunque latente, se reanima desde que encuentra una correspondencia en el sentido de una palabra dada, en nuestra actitud afectiva o estética respecto de esta palabra y aun más respecto de las palabras de significaciones polares.

En la lengua poética, donde el signo como tal asume un valor autónomo, este simbolismo fonético alcanza su actualización y crea una especie de acompañamiento del significado. Las palabras checas *den* "día", y *noc* "noche", con la oposición del vocalismo agudo y grave, se asocian fácilmente, en la poesía, al contraste de la luz del medio día y de las tinieblas nocturnas. Mallarmé deploraba el desacuerdo entre los sonidos y el sentido de las palabras *jour* y *nuit* del francés. Pero la poesía logra borrar esta divergencia por un cercado de palabras con vocales agudas para la palabra *jour* y graves para *nuit* o bien para hacer surgir contrastes semánticos que acuerdan con el de las vocales graves y agudas, tales como la pesadez del día confrontada con la ligereza de la noche.

La investigación sobre el valor simbólico de los fonemas, tomado cada uno en su totalidad, corre el riesgo de engendrar interpretaciones equívocas y fútiles, ya que el fonema es una entidad compleja, un haz de cualidades distintivas. Estas están dotadas de un carácter puramente oposito, y cada una de estas oposiciones tomada aparte se presta a la acción de la sinestesia, de la que el lenguaje infantil ofrece las pruebas más salientes.

Para Whitney, todo, en la formación del signo lingüístico, es arbitrario y fortuito, todo, incluido la elección de sus elementos constitutivos. A este respecto, Saussure hace observar: "Whitney va demasiado lejos cuando dijo que nuestra elección cayó por azar sobre los órganos vocales" y que "los hombres habrían podido también elegir el gesto y emplear imágenes visuales en lugar de imágenes acústicas". El maestro ginebrino objeta con razón que los órganos vocales "nos fueron impuestos de alguna manera por la naturaleza", pero al mismo tiempo, a los ojos de Saussure, el lingüista americano parece tener razón sobre el punto esencial: "La lengua es una convención, y la naturaleza del signo de lo que es convenido es indiferente." Discutiendo las relaciones entre "la lingüística estática y la lingüística evolutiva", Saussure seguido por sus discípulos, va incluso a decir que en la ciencia del lenguaje "los datos naturales no tienen ningún lugar" y proclama "el carácter siempre *fortuito*" de todo estado de toda lengua así como de todo cambio de donde este estado haya surgido. El inventario de los elementos distintivos de toda lengua dada sólo sería contingente y cualquiera de estos elementos podría ser reemplazado por otro, desprovisto de toda similitud con aquel en su materialidad pura, pero revestida del mismo valor distintivo y haciendo cuerpo con él. Saussure identifica este tren de las cosas con el juego de ajedrez que permite reemplazar una pieza destruida e incluso extraviada por una figura completamente desemejante habida cuenta que se le atribuye el mismo papel en el juego. Surge entonces la cuestión de saber si la

selección de las cualidades distintivas, si la selección de los fonemas en juego es en verdad puramente arbitraria o bien si esta selección, siendo un fenómeno netamente social, nos es sin embargo – como el hecho mismo del empleo del aparato vocal – “de algún modo impuesto por la naturaleza”.

Hemos hecho observar que las propiedades distintivas de los fonemas son entidades estrictamente opositas. Se sigue de esto que una propiedad distintiva jamás está aislada en el sistema fonológico. Según la naturaleza y, fundamentalmente, a la naturaleza lógica de las oposiciones, cada una de estas propiedades implica la co-presencia de la propiedad opuesta en el mismo sistema; la longitud no podría existir sin la brevedad, el carácter discontinuo sin el carácter continuo, el carácter agudo sin el carácter grave, y viceversa. La dualidad de los opuestos no es pues arbitraria, sino necesaria. La oposición misma no se encuentra tampoco aislada en el sistema fonológico. Hay solidaridad entre las oposiciones de las propiedades distintivas, es decir que la existencia de una oposición implica, admite o excluye la coexistencia de tal o cual otra oposición en el mismo sistema fonológico, al igual como la presencia de cierta propiedad distintiva implica la ausencia o la presencia necesaria o al menos probable de tal o cual otras propiedades distintivas en el mismo fonema. Aquí igualmente el marco de lo arbitrario es muy restringido.

Además del estudio tipológico de los sistemas de las lenguas del mundo más diversas, es el análisis estructural de la lengua en devenir – el análisis del lenguaje infantil y de sus leyes generales – y por otra parte el análisis del lenguaje en desintegración – el de la afasia – lo que nos permite elucidar la selección de los fonemas, de las propiedades distintivas y sus relaciones mutuas, así como ajustar más cerca los principios cardinales de esta selección y de esta interdependencia para poder igualmente establecer y explicar las leyes universales que sostienen la estructura fonológica de las lenguas del mundo. El examen sistemático de la manera en que los recursos fonológicos están puestos en valor para culminar en la construcción de las formas gramaticales, esbozadas por la escuela de Baudouin y la de Praga bajo la etiqueta de “morfonología”, promete tirar un puente indispensable entre el estudio del sonido y el del sentido teniendo en cuenta la escala de los niveles lingüísticos y sus particularidades imprescriptibles.

Traducción: Félix Contreras, Roberto Pinciroli y Pablo Román.